



Antonio Vallen Martínez
COLOMBIA 1854-1910
LOS ARTESANOS
Y EL SOCIALISMO



GUSTAVO VARGAS MARTINEZ

Gustavo Vargas

**COLOMBIA 1854:
MELO, LOS ARTESANOS
Y EL SOCIALISMO**

(La dictadura democrático-artesanal de 1854,
expresión del socialismo utópico en Colombia)



EDITORIAL LA OVEJA NEGRA

Primera edición: noviembre de 1972.
 © Editorial La Oveja Negra Ltda.
 Diseño de carátula: Fernando Granda C.
 Impreso y hecho en Colombia.
 Printed and made in Colombia.

INDICE

PROLOGO	9
APARICION DE LAS IDEAS SOCIALISTAS EN LA NUEVA GRANADA	17
<p>Los grandes movimientos del pensamiento universal. La revolución liberal de la pequeña burguesía francesa, en 1848. Napoleón III y la gran burguesía toman el poder, en 1852. Ecos de la Revolución Francesa en los liberales granadinos. <i>El Alacrán</i>, precursor del socialismo de izquierda, en 1849. "Temblad, oh monstruos que se acerca el día". Más publicaciones socialistas. El socialismo utópico como expresión de la conciencia pequeñoburguesa. Las montoneras criollas buscan programas.</p>	
LA DISPUTA IDEOLOGICA EN LAS SOCIEDADES POLITICAS	33
<p>El primer sindicato artesanal, en 1847. Las sociedades políticas, crisálidas partidistas. Los "gólgotas" impacientan a los "draconianos". Alianza entre intelectuales "gólgotas" y artesanos de la "Democrática". López, Obando, Zaldúa, se muestran condescendientes con los artesanos... hasta cierto punto. Pero con los "gólgotas" también. El sastre López, renegado. Ruptura entre la demagogia y el pueblo.</p>	
EL PENSAMIENTO ECONOMICO DE LOS ARTESANOS	43
<p>Librecambismo y proteccionismo. Reforma Tributaria. Competencia inglesa a los artesanos del oriente granadino. Los beneficiarios de la Independencia co-</p>	

bran dividendos. "La extravagante paradoja" y la "anomalía inexplicable". La alianza para el progreso inglés. Realismo político de Francisco Soto. Las sociedades democráticas se liberan de sus ideólogos. Aparición de la conciencia pequeñoburguesa del artesanado. "¡Pan, trabajo o muerte!"

LA QUIEBRA DEL SISTEMA POLITICO LIBERAL 59

López va al gobierno con el apoyo de las democráticas. Reforma constitucional. Rumores sobre golpes de estado. Obando recibe el desprestigio de López. Los conservadores siguen creyendo en el socialismo de los "gólgotas". Liquidación electoral del obandismo. Choques entre "cachacos" y "rojos". Los "gólgotas" contra el ejército. Conspiraciones de parte y parte. "Vivan el ejército y los artesanos, abajo los monopolistas".

EL 17 DE ABRIL DE 1854 69

Las milicias y los húsares en la plaza de Bolívar. "El valor de los artesanos". La comisión ante Obando y el discurso del herrero León. Objeciones al golpe militar: "La aristocracia de las cartucheras", dictadura en vez de congreso, y la defección de los intelectuales. El artesanado toma el poder por un día pero debe defenderlo durante ocho meses.

JOSE MARIA MELO: GENIO Y CONDUCTA 81

Los deformadores de la juventud. Antecedentes patrióticos de Melo. Noble fin de un luchador tenaz y consecuente con su pensamiento. Conceptos en contra de Melo. Rasgos psicológicos del General. Personalidad del doctor Obregón. El primer gabinete. Participación de Joaquín Pablo Posada. Propósitos iniciales de la dictadura.

ORGANIZACION ECONOMICA Y MILITAR DE LA RESISTENCIA 95

Dos períodos en la dictadura artesanal. Organización del Consejo de Estado. Los empréstitos for-

zosos. Tribunal contra conspiradores. El "catecismo político de los artesanos y campesinos". Se organizan las milicias. Combates en Zipaquirá y Tiquiza. Guerrillas constitucionalistas. Buen rendimiento económico de las Salinas. Una reforma tributaria en ciernes. La casa de préstamos de Mosquera y la financiación de la contrarrevolución. "La juventud ilustrada" contra los "hombres perdidos". Avanzan los ejércitos coaligados. La toma de Bogotá. Fidelidad del artesanado en la lucha. Las señoras, los extranjeros y el inefable padre Canino. ¡Los agiotistas hacen su agosto con la victoria de los buenos!

LA LEGACION AMERICANA Y EL DERROCAMIENTO DE MELO 111

Las "etapas" del expansionismo colonial norteamericano. Ambiciones sobre el Amazonas y el reconocimiento sobre Panamá. Actitud del Mr. Green con los contrarrevolucionarios. El problema de Obaldía y sus cartas indiscretas. Balazos contra la legación americana. Viaje de Green a Ibagué. Los diplomáticos y los constitucionalistas después del 4 de diciembre. Nueva política oficial: "las espléndidas recompensas".

LA EXPATRIACION DE LOS PATRIOTAS 127

Balance de una guerra sin paces. El expresidente López y el caso de los 500 voluntarios. Juicio para los jefes, denuncia a granel y expatriación para los artesanos. Digno fin de un rebelde.

ESCRUTINIO Y LEGADO 135

BIBLIOGRAFIA CONSULTADA 142

PROLOGO

Ahora es fácil aceptar que las guerras de independencia de nuestra América, tomadas en conjunto, vistas desde el escenario de las grandes transformaciones de los sistemas económicos y políticos, ayudaron firmemente al triunfo del capitalismo durante el siglo posterior al de la Revolución Industrial, y que nuestra colaboración para el auge de la burguesía sobre el sistema absolutista se mide por el sensible debilitamiento propinado al anciano cuerpo del feudalismo. En este sentido, nuestra revolución americana es un formidable movimiento en favor del capitalismo europeo.

Pero en cambio se cometería monstruoso error si aplicáramos iguales términos para lo sucedido entre nosotros desde la emancipación. Aquí el capitalismo europeo, cabalgando en las ideas filosóficas del liberalismo inglés, no pudo desarrollarse más que en sus aspectos negativos: la división internacional del trabajo —tesis liberal por excelencia, muy al gusto de nuestras oligarquías separatistas— nos creó una economía de pastoreo y de cosechas, contrariando el curso normal de unas regiones artesanales que desde las postrimerías coloniales anunciaba un resurgimiento industrial de óptimos frutos. Ese fue, pues, nuestro precio a la libertad.

La actividad agrícola —tabaco, quina, añil, café— va a constituir durante el siglo XIX el *leit motiv* de nuestra economía y frecuentemente irá a reflejarse en nuestras luchas políticas. Desde antes, cuando en 1781 el brazo airado de unos montañeros exige un trato más flexible en nuestro régimen tributario y en nuestro comercio exterior, hasta ahora, cuando los artesanos de 1854 proclaman y luchan por la protección de sus decadentes industrias, la lucha del pueblo granadino tiene un determinante similar: erradicar el espectro de la miseria que se cierne sobre una población indefensa ante el monopolio comercial primero, después ante el más extremo librecambismo comercial. En los dos casos va a ser el pueblo granadino el perdedor, no solo por la manera cesarista de sojuzgar las insurgencias sino por las soluciones antinacionales y contrapopulares que se realizan.

El siglo XIX es del oriente colombiano: la lucha aliada de los campesinos y obreros del Socorro se hermana con la lucha de las sociedades políticas de artesanos de Bogotá. El centro de la economía granadina gravita sobre esta media patria que tiene por entonces la riqueza, las vías, el comercio, las oligarquías y los primeros obreros.

Invasión la Nueva Granada por la formidable importación masiva de productos ingleses, se produjo una acelerada quiebra de la manufactura y la artesanía nacionales. La discontinuidad en la producción de muebles, tejidos, loza, productos de cuero, platería, que enmarca todo este siglo, tal vez con el paréntesis de la administración de Márquez, acarreará un enorme desempleo, que no se traduce, como

en Europa, en la formación de un hábil proletariado en consonancia con el vertiginoso desarrollo del capitalismo y de todo el sistema industrial, sino que va a engrosar la gran masa heterogénea de gentes miserables y desposeídas, que se refugian en la infecundidad de zonas áridas o emigran hacia las ciudades haciendo más difícil la común miseria. A esta masa popular desamparada, calumniada con frecuencia si no es en vísperas electorales, le corresponde dirigir las protestas pacíficas o violentas de nuestro disparatado siglo XIX y dar expresión y calor humano a la inconformidad colombiana, ahora y siempre enfrentada a unas instituciones que —en frase tinsosa de nuestro más dinámico y reciente historiador— “habían sido elaboradas por los personeros de una oligarquía que tenía el alma de una factura de importación”.

Para buena parte de nuestros patricios de la primera mitad del siglo XIX, —época en que se libra la batalla por la consolidación de los grandes imperios coloniales de estructura capitalista— “descolonizar” no era propiamente organizar nuestra vida pública y comercial sobre el bienestar de quienes habían puesto sus modestas riquezas y sus propias vidas ante las balas reales, sino tomar el puesto de las casas de Cádiz y Sevilla para hacer del antiguo lucro de los reyes la norma precisa para fortalecer el lucro de los prestamistas e importadores. Esta lucha, que va a enfrentar a los hombres del pueblo que piden protección oficial para su producción frente a la ruinosa competencia extranjera, con los abogados y gacillas de nuestros modestos burgueses librecambistas, no va a servir a la postre sino a la nueva metrópoli,

la Gran Albión, a quien justamente se deben crecidas sumas de dinero provenientes de su participación en nuestras disputas internas y los malos negocios en que dilapidan nuestros escasos haberes los prohombres de la libertad de empresa.

Por esta razón se puede afirmar que nuestra independencia no es una revolución burguesa, en sentido exacto, sino un rompimiento —dentro del sistema feudal que había estructurado España— entre el feudalismo colonial y el feudalismo autonomista de los criollos.

Y en cierto modo no es la decadencia española la que va a condicionar nuestros movimientos libertarios sino la expansión del industrialismo británico. Nuestra oligarquía feudal, nuestros criollos de fortuna se dieron cuenta perfecta y a tiempo de que era mejor comerciar libremente con el mercado inglés incorporándose al mercado mundial sin el patrocinio imposible de España que con la metrópoli feudal. Ante este dilema las masas americanas se vieron abocadas a optar por la ruina de sus artesanías o a tornar al campo para arañar la tierra infecunda; a aceptar la competencia desventajosa que proponían los adalides del comercio con Inglaterra o buscar desesperada protección en el Estado. Se comprende fácilmente por qué las ideas socialistas encuentran terreno abonado en estas masas irredentas urgidas de atención gubernativa, de planes colectivos de trabajo y de otorgamiento de trabajo para todos; y se comprende también por qué las oligarquías postrevolucionarias encontraban estas ideas como retardatarias y enemigas de los más efectivos y modernos sistemas

liberales. Es que ante el alumbramiento violento de América a una cultura con tres siglos de ventaja, con una reforma en los hábitos y el pensamiento, con una revolución en la técnica y en la teoría del Estado, debía producirse una combustión de ideas encontradas y simultáneamente valoradas como transformadoras.

Un aspecto bastante desconocido y calumniado de esta lucha aparece en estas páginas. No se trata rigurosamente de hacer claridad sobre una etapa de nuestras contiendas civiles, sopesando la mayor o menor participación de conductores populares o soldados, ni de cerrar una vieja y agria disputa de enconos entre beneméritos de la patria. En puridad de verdad se intenta atizar un poco la discreta distancia con que los hombres públicos miden nuestra generosa historia, y testimoniar hasta dónde hemos creado artificialmente el fantasma de las ideologías foráneas cuando tenemos una savia de luchas autóctonas vivificante y reconstructiva.

APARICION DE LAS IDEAS SOCIALISTAS
EN LA NUEVA GRANADA

Estamos plenamente convencidos del carácter universal de las grandes transformaciones sociales. Los cambios en las estructuras nacionales obedecen no pocas veces a reajustes en los sistemas mundiales y el absolutismo feudal, el reformismo liberal y la difusión de las primitivas formas del socialismo utopista del siglo XIX tuvieron etapas de máxima expansión y reflujo con características de simultaneidad. "Los hombres hacen su propia historia —decía Marx—⁽¹⁾ pero no la hacen a su libre arbitrio, bajo condiciones elegidas por ellos mismos, sino bajo aquellas circunstancias con que se encuentran directamente, que existen y transmiten el pasado. La tradición de todas las generaciones muertas oprime como una pesadilla el cerebro de los vivos".

No se puede, es verdad, torturar inmisericordemente a los hechos históricos y aplicarles una camisa de fuerza dentro de un proceso explicativo europeizante que parte de Europa y termina allí mismo tocando de paso hombres y circunstancias de muy lejanas latitudes para darles un contenido semejante. Pero no se puede negar, so pena de caer en el anecdotismo

(1) Marx, C.: "El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte". Obras selectas, Tomo I, Ed. en Lenguas Extranjeras, Moscú, pg. 250.

fácil y en la ingenuidad interpretativa, que dado el carácter universal de las grandes revoluciones en los sistemas socio-políticos, dado el sentido ecuménico del amojonamiento de las clases sociales, dadas las interinfluencias propias de las ideas y de los movimientos comerciales, dada nuestra formación occidental, un hecho transcendente en Europa no tenga la debida resonancia en América y viceversa. La historia lo confirma todos los días no importando que los cambios nos lleguen a veces con tres o cuatro décadas de retraso; lo cierto, lo evidente es que los americanos coparticipamos de los virajes radicales que se producen en medios diferentes al nuestro. Al comienzo de nuestra historia nacional las influencias no robasaban los límites de la Sabana Indígena, pero más tarde vivimos bajo la égida hispana; trescientos años fueron insuficientes para consolidar el sistema colonial y nos estamos al carro republicano de Europa y Norteamérica; ahora no podemos negar que estamos unidos al destino universal como partícipes forzosos de la "guerra fría", no siéndonos extraño el destino de Asia, de Africa y demás continentes.

Un caso nítido aparece en nuestra historia cuando las disputas ideológicas alrededor de la Revolución Francesa de 1848 trascienden el marco europeo y dividen a la opinión mundial.

En febrero de 1848 estalló en Francia una revolución contra el Rey Luis Felipe, acaudillada intelectualmente por Lamartine, un burgués progresista, poeta tierno e historiador de los girondinos del 89, y por Ledrú-Rollín, demócrata radical de la pequeña burguesía.

Desde el *Diario Nacional* y el periódico *La Reforma*, estos dos escritores canalizaban el grave descontento económico y social bajo consignas que encarnaban las más preciadas aspiraciones populares.

"Para nosotros el pueblo lo es todo —decía Ledrú-Rollín—; no basta con otorgarle derechos electorales, es preciso desarraigar de nuestra sociedad la pobreza que la amenaza y la desigualdad que la infama" (2).

El pueblo se sublevó el 23 de febrero y a los gritos de "Abajo Guizot, Viva la Reforma", las masas se tomaron las calles. Dos días después se proclamó la República, única e indivisible, pero el gobierno provisional no hizo mayor cosa por los obreros, artífices de la revolución y burló las esperanzas del proletariado de construir una república social que mejorara la situación de las clases trabajadoras.

Un obrero mecánico, Marché, exigía al gobierno provisional "el derecho al trabajo", pero el gobierno se deshizo hábilmente de esa solicitud nombrando una comisión que estudiase el asunto, bajo la dirección del conocido socialista Luis Blanc. Esa comisión desempeñó un papel equívoco al invitar a los patronos a su seno y solicitar apoyo para el gobierno provisional en vez de exigirle el cumplimiento de medidas sociales. El carácter burgués del gobierno encontró con prontitud una rápida contradicción entre su estructura clasista y la orientación de las masas. Procuró disolver los talleres artesanales donde labora-

(2) Efimov, N.: Historia de los tiempos modernos. Ed. Futuro, Buenos Aires, 1959, pg. 164.

ban 113.000 obreros, pero el pueblo se tomó el salón de la Asamblea, depuso el gobierno y creó uno nuevo dirigido por Blanqui. La guardia nacional al servicio del gobierno anterior detuvo entonces al nuevo gobierno, pero esta vez las masas reanudaron su lucha callejera de barricadas sin utilidad porque la artillería de Cavaignac barría certeramente las defensas populares. Las jornadas de junio de 1848 en París fueron consideradas como la primera gran batalla frontal entre la burguesía recién entronizada en el gobierno y el proletariado en pleno desarrollo.

Una segunda etapa se desarrolló entonces en la política francesa. Al triunfar la burguesía sobre el obrerismo buscó la legalización de su régimen y una nueva Asamblea Legislativa, elegida en mayo de 1849, tomó el "partido del orden" uniendo a monárquicos, burgueses de partidos centristas y reaccionarios dessembozados. Sin embargo, un partido radical, la *Nueva Montaña*, bajo Ledru-Rollin, ocupó 180 bancas de las 750 existentes, cuya función estaba fundamentalmente dirigida a designar el carácter reaccionario del "partido del orden". Ante la incapacidad oficial de resistir la oposición en la Asamblea y en las calles el presidente Luis Bonaparte dio un golpe de Estado el 1º de diciembre de 1851, suprimiendo la Asamblea, arrestando a los jefes de los partidos políticos y aplastando y reprimiendo una nueva insurrección en las barricadas. Un plebiscito a favor del presidente Bonaparte le sirvió para proclamar el 2 de diciembre de 1852 nuevamente el imperio con el nombre de Napoleón III, apoyado esta vez por los banqueros, militares, especuladores y la gran burguesía.

La revolución de febrero de 1848, aunque efímera en tiempo, sirvió extraordinariamente para educar a las masas francesas en la lucha callejera, en el tratamiento de tácticas a seguir para la toma revolucionaria del poder, en la forma de consolidar alianzas con la pequeña burguesía y el campesinado, en desenmascarar el carácter oportunista de la gran burguesía y a los intelectuales del socialismo burgués y en indicar la unión mal encubierta del capital con los partidos militaristas y monárquicos.

Pero hubo además un hecho trascendental: el socialismo utópico de los pensadores franceses inmediatamente anteriores había tenido una oportunidad de prueba al vislumbrar el poder. Las ideas de Saint-Simon, Fourier, Owen y Cabet, entre otros, que habían logrado una extendida simpatía entre la masa y que representaba para la intelectualidad burguesa un cambio radical en el sistema económico se veían abocadas a poner en práctica, en volver política, al enorme arsenal de su filosofía social largamente incubada en los talleres y falansterios obreros.

Refiriéndose a la insidencia de esta filosofía social en la Nueva Granada decía D. Rafael Núñez: "El movimiento político liberal que se inició en 1848 y 1849 fue en gran parte producto indirecto de la revolución que instauró en Francia en el primero de dichos años, el sistema republicano. De 1849 en adelante tuvimos un verdadero alud de utopías y paradojas francesas. En medio de esta fermentación de las inteligencias noblemente inspiradas, notábase, sí, lamentables contradicciones dependientes de los diversos modelos que cada cual consultaba —ca-

si todos franceses—. Para algunos eran el maestro Lamartine, que acababa de publicar la poética leyenda de los girondinos y cuyas líricas producciones, impregnadas de sabor religioso, habían sido leídas con avidez por una parte de la nueva generación de literatos. Otros se dedicaban más a estudios económicos y se empapaban en las utopías de Luis Blanc, Proudhon y toda la escuela de socialistas. Otros, en fin, encontraban más de su gusto el demagógico ejemplo de los antiguos jacobinos, peligrosamente iluminados en el citado libro de Lamartine" (3).

Y semejante a este testimonio de Núñez, muchos otros contemporáneos corroboran la marcada ingerencia ideológica del pensamiento francés revolucionario en nuestra intelectualidad. Don Salvador Camacho Roldán, don Miguel Samper, el historiador D. Venancio Ortiz, el Dr. Felipe Pérez, el general Joaquín Posada Gutiérrez, D. José Manuel Restrepo, la prensa de la época, los anales del Congreso, repiten con enorme propiedad y precisión los términos que tenía dividida a la opinión francesa y vierten en términos nacionales dichos grandes planteamientos políticos.

Dos intelectuales cartageneros radicados en Bogotá, D. Joaquín Posada y D. Fernán Piñeros bien podrían reclamar el título de precursores del socialismo de izquierda en Colombia. Desde su periódico *El Alacrán* muy conocido en nuestros textos de literatura como expresión del lenguaje incisivo y la glosa sa-

(3) Núñez, Rafael: Cit. por Nieto Arteta, *Economía y cultura en la historia de Colombia*. Ediciones Tercer Mundo, Bogotá, 1962, pg. 231.

tórica pero discretamente omitido como panfleto político de agitación socialista, tal vez el primero de esta índole en el país, escribían artículos difundiendo los principios elementales del comunismo, muy rudimentario naturalmente, sin mayores consistencias doctrinales, pero de inestimable valor por tratarse de polemizar adhiriendo a un cuerpo de doctrina solo un año después de haber sido publicado el "Manifiesto Comunista" de Marx y Engels, en 1848.

Estos párrafos de un artículo titulado "Comunismo" tomado de *El Alacrán* (4) no dejan lugar a dudas sobre la orientación del periódico: "Nuestro enemigo es la clase rica, nuestros enemigos reales son los inicuos opresores, los endurecidos monopolistas, los agiotistas protervos. ¿Por qué esta guerra de los ricos contra nosotros? Porque ya han visto que hay quien tome la causa de los oprimidos, de los sacrificados, de los infelices, a cuyo número pertenecemos; porque son acusados por su conciencia de su iniquidad; porque saben que lo que tienen es una usurpación hecha a la clase proletaria y trabajadora, porque temen que se les arrebaten sus tesoros reunidos a fuerza de atroces exacciones y de diarias rapiñas, porque temen verse arrojados de sus opulentos palacios, derribados de sus ricos coches con que insultan la miseria de los que los han elevado allí con sus sudores y su sangre; porque ven que las mayorías pueden abrir los ojos y recobrar por la fuerza lo que se les arrancó por la astucia y la maldad; porque temen que los pueblos desengañados y exacerbados griten al fin como deben hacerlo y lo harán un

(4) *El Alacrán*, 8 de febrero de 1849.

día no lejano: ¡abajo los de arriba!; porque saben que el comunismo será y no quieren que sea mientras ellos viven, infames egoístas. Sí, el comunismo será; ¿por qué no había de serlo? ¿En qué apoyarán sus derechos los expoliadores del género humano? ¿Será por ventura en la justicia? ¡IrrisIÓN! Pero la palabra comunismo pertenece ya al dominio de las mayorías; la discusión está abierta; de la discusión brotará la verdad; las masas conocerán al fin que unos pocos hombres están gozando solos de los bienes i las dichas que el Supremo Creador puso en el mundo *para todos* i en las masas está la fuerza.

*Temblad ¡oh! monstruos que se acerca el día.
Temblad tiranos de la especie humana,
ya la coyunda que el error ponía
rota en pedazos volará mañana;*

*¿Qué son vuestros derechos? ¡Ironía!
Inventor torpe de ambición insana;
el eco de ¡venganza! hondo, profundo
resuena por los ámbitos del mundo".*

Razón tendría para sus propias convicciones el historiador Restrepo, cuando alarmado por las publicaciones que hacía *El Alacrán* anotaba: "sería escandaloso e inmoral que no se reprimiera y castigara la procacidad de estos jóvenes, que han llegado a su colmo" (5).

Y más adelante haciendo anotaciones en su Diario a raíz de la proclamación del imperio de Napoleón

(5) Restrepo, J. M.: Diario político y militar. Tomo IV, pg. 23.

III, dice: "El Dr. Goury, ministro de Francia en Bogotá, ha comunicado de oficio la proclamación del imperio francés y la consiguiente variación de la constitución. Esta variación tendrá un influjo favorable sobre la opinión de la Nueva Granada. Las doctrinas socialistas y los rojos comunistas de Francia repercutían sobre nosotros y miserables copistas querían practicarlas. Reprimidas en su origen, nos parece que en la Nueva Granada principia una reacción saludable contra las doctrinas exageradas en todo género. Amamos la verdadera libertad, mas detestamos las utopías impracticables de algunos serviles imitadores de los franceses, como el Doctor M. Murillo" (6).

Efectivamente el Dr. Manuel Murillo Toro, desde su periódico *El Neogranadino* hacía de tiempo atrás una constante y tesonera difusión del ideario de Girardain, Proudhon y Luis Blanc, no siendo poca su participación en la constitución de algunas sociedades políticas.

Otras publicaciones de la época confirman la propagación del socialismo en plena mitad del siglo XIX neogranadino. Aparte de la agitación de *El Alacrán* y *El Neogranadino*, se debe mencionar el importante libro de Manuel María Madieto titulado "La ciencia social o del socialismo filosófico, derivación de las armonías del cristianismo" (7), cuyo contenido ha hecho afirmar a un conocido político y eco-

(6) Restrepo, J. M.: ob. cit. tomo IV, pg. 279.

(7) Madieto, M. M.: La ciencia social o del socialismo filosófico, derivación de las armonías del cristianismo. Imp. de N. Pontón, Bogotá, 1863.

nomista de nuestros días, que para los colombianos "Madieto no es sólo el teórico del socialismo agrario sino del socialismo cristiano. Como socialista agrario acepta la propiedad privada sobre las cosas capitales, lo mismo que Murillo Toro, pero no la propiedad sobre el suelo, por considerarle ilegítima en su origen y en su ejercicio, al estar negando un derecho immanente de todos los hombres. Como verdadero socialista cristiano, repudia la propiedad privada de la tierra en nombre de un principio teológico y de la moral cristiana" (8).

Desde Europa las ideas radicales eran vistas frecuentemente como expresión de ideas socialistas o comunistas. El historiador Restrepo hace el siguiente apunte en su Diario, el 20 de septiembre de 1852: "Se ha publicado en París un folleto titulado *El Socialismo en América del Sur*; su autor, Carlos Mazade, da un fuerte ataque al gobierno de López y socios y les hace cargos harto graves. Les hirió mucho este papel que contestara en la discusión el vicepresidente Obaldía, con la palabrería que acostumbra pero sin solidez. Probablemente aquel escrito y otros varios atribuyendo el socialismo al gobierno de López, ha obligado a los miembros que redactaron la discusión a repetir cada semana un artículo en que niegan que sean socialistas y comunistas..." (9)

Al caracterizar el socialismo utópico, como una doctrina económica y política específicamente artesanal, el ilustre sociólogo colombiano, Luis Eduardo

(8) García A.: Gaitán y el problema de la revolución Colombiana. Bogotá, 1955, pg. 192.

(9) Restrepo, J. M.: ob. cit, tomo IV, pg. 257.

campesinaria necesaria para el desarrollo: "Para un estado social nuevo, un continente virgen". Su perspectiva de viajero le impidió conocer la disputa ideológica que enfrentaba a las nacientes clases sociales neogranadinas entre sí, y no deja de sorprender que su sentido político se dejara guiar por su afán de geógrafo. Constituye su testimonio, de todas maneras, una planificación social no investigada por nuestros historiadores todavía, menos trascendente que los planes de Owen —otro socialista interesado en construir falansterios en América; esta vez en Topolobambo, México— pero no por eso menos interesantes.

La insidencia de la filosofía socialista en América es evidente. Nuestras generaciones recién liberadas de España ansiaban por saltar etapas en el desarrollo político y dirigían su atención a los movimientos europeos, particularmente el francés. Muy pronto surgirían distanciamientos en el seno de comunidades políticas que hasta la propia independencia no habían tomado el giro de las cosas a nivel universal y ahora se veían obligadas a cargar sus huestes de una cultura sólida, en ocasiones con marcado carácter extranjerizante, pero que así y todo llenaba un impresionante vacío en los programas políticos y en la vida misma de las masas criollas.

**LA DISPUTA IDEOLOGICA EN LAS
SOCIEDADES POLITICAS**

con el movimiento obrero. El Dr. Alfonso López Michelsen, organizador de la política a servir de agitador político por que la ley impuesta por el Dr. Florentino González para importar trajes y casimires ingleses lo arruinaba, organiza a los artesanos de varia condición en la primera sociedad obrera con carácter sindical que aparece en el país.

El sastre Ambrosio López, bisabuelo del Dr. Alfonso López Michelsen, organiza así, en 1847, la "Sociedad de Artesanos", que las circunstancias convierten no sólo en cédula gremial sino en escuela de lucha política (11). Es muy probable que para esta agremiación se haya tomado en cuenta la experiencia de los carlistas que entre 1836 y 1848 en Inglaterra y Francia tuvieron auge extraordinario en la organización obrera para la lucha política, justamente bajo "Sociedades de Demócratas Fraternalistas", "Asociaciones de Artesanos" y otras denominaciones parecidas (12).

La lucha artesanal —es bien sabido— influyó en el triunfo electoral de José Hilario López, en 1849,

(11) Jatorre Cabal, H.: Mi Novela: Apuntes autobiográficos de Alfonso López. Ediciones Mito, Bogotá, 1961, pág. 65.

(12) Bimoy, N.: Historia de los tiempos modernos. Ed. Futuro B.A., 1959; pg. 440.

pero bien pronto la decepción y el resentimiento trocaron en abandono los antiguos fervores. Ni López ni su sucesor José María Obando van a ser congruentes con los "guaches", "chusmeros y rojos", apellidos populares para los artesanos asociados, a quienes los políticos debían buena parte de su prestigio y defensa.

Para 1850 estas organizaciones democráticas se desarrollan extraordinariamente al calor de los procesos electorales y la demagogia de los líderes políticos. Los conservadores imitan entonces a los artesanos de la Sociedad Democrática de Artesanos y crean la Sociedad Popular, la Sociedad Filotémica y la Sociedad del Niño Dios, entre otras. A la Sociedad Popular ingresan Mariano Ospina, Julio Arboleda. A la Filotémica Carlos Holguín, Fortunato Cabal, Joaquín F. Vélez. A la del Niño Dios, bajo la presidencia benévola de doña Gabriela Barriga de Villavicencio, viuda de Regente, las señoras de los más prominentes jefes conservadores de Bogotá (13).

El 25 de septiembre de ese año, "como para festejar los recuerdos ominosos de tan sombrío aniversario" (14) se instaló otra sociedad Republicana, "formada por los jóvenes más notables de la escuela de derecho de la Universidad Nacional y del colegio de San Bartolomé, que tenía por objeto hacer la propaganda de las ideas liberales del programa de la Re-

(13) Cordovés-Moure, José María: *Reminiscencias de Santa Fé y Bogotá*, I Festival del libro colombiano, Lima, pg. 211.

(14) Posada Gutiérrez J.: *Memorias histórico-políticas*. Tomo IV, Imp. Nal. Bogotá, 2ª ed., pg. 290.

volución Francesa de 1848, en discursos llenos de fuego, que eran pronunciados en sesiones solemnes en medio de lucido y numeroso auditorio, a las que concurrían muchas de las más elegantes y distinguidas señoras y señoritas de la capital" (15). Pertenecieron a la Sociedad Republicana Santiago y Felipe Pérez, Eustorgio Salgar, Aníbal Galindo, Salvador Camacho Roldán, Antonio María Pradilla, Carlos Martín, Miguel y José Samper y muchos más. Esta sociedad se distinguía por la "altísima nobleza y generosidad de sus sentimientos, por la sinceridad de sus aspiraciones filantrópicas y por su tendencia a formar escuela de doctrinas, a fin de que el liberalismo no se dejase arrastrar por pasiones malsanas".

Fue esta Sociedad Republicana una crisálida del liberalismo radical, posteriormente llamado gólgota, justamente porque uno de los Samper invocó al Mártir del Calvario en un discurso para fundamentar sus tesis radicales, y la oposición conservadora ridiculizó con el apodo bíblico (16).

Los "gólgotas" se denominaban con frecuencia a sí mismos como socialistas, y lo hacían con tan señalado entusiasmo que alarmaban no sólo a la recogida sociedad sabanera que con cuidadosa atención seguía a los expositores, sino al propio gobierno del general López y a los viejos radicales, a quienes justamente se les hacía extraño un lenguaje que más servía para estructurar un sistema económico fuertemente dirigido que uno verdaderamente liberal, más

(15) Arboleda, G.: *Historia contemporánea de Colombia*. Cali 1933, Tomo III, pg. 128.

(16) Samper, *Historia de un alma*.

de acuerdo con sus anteriores tesis librecambistas y jacobinas.

Pero los "gólgotas" no se inmutaban, porque tenían de una parte, la actividad de los artesanos democráticos y de otra la emulación conservadora de la Filotémica y la Popular. Así que dejaban esos temores para la vieja generación liberal, a la que bautizaron "draconiana" aludiendo a la severidad de ese férreo liberalismo económico de que hacían gala.

Es interesante anotar que ese lenguaje socialista de los "gólgotas" le creó no pocos problemas a las administraciones de los generales López y Obando. Elegidos por esas corrientes, varias veces fueron sindicados de propiciar subversiones de carácter comunista, como se puede leer en las publicaciones de la época, en el discurso de posesión del General Obando el 1º de abril de 1853, en las declaraciones oficiales de López y en los apuntamientos de los hombres prestantes de la generación radical. Justamente Obando el día de su posesión condenaba "los ensueños y doctrinas de los socialistas franceses, y se declaraba partidario de la propiedad de todos y de toda clase" (17).

Las vinculaciones de los democráticos con los radicales les proporcionaron algún respeto por parte de los órganos ejecutivos del país. El 7 de agosto de 1850 el presidente López y los secretarios concurrieron a una reunión de la Sociedad Democrática de Bogotá. Los miembros de la sociedad aprovecharon para declarar con énfasis que "el socialismo era el

(17) Restrepo, J. M.: Diario político y militar. IV, pg. 281.

resumen de su fe política y religiosa" —según el historiador Arboleda—, lo que aceptó entre aplausos Murillo Toro, entonces secretario del gabinete de López. Por su parte el Dr. F. J. Zaldúa decía al congreso de 1850 que "las sociedades democráticas le merecían elogios, porque probaban el amor del pueblo a las instituciones republicanas, su deseo de moralizarse en el seno del trabajo, su propensión al fomento de las artes y su anhelo de instruirse y tomar una parte directa en los negocios públicos. En un país libre, cuando un gobierno fundado sobre los derechos del hombre respeta todas las garantías, un sentimiento profundo adhiere a la cosa pública a todas las clases del pueblo, y muy lejos de comprimir o de apagar ese fuego sagrado, es necesario contribuir a conservarlo. La sociedad democrática de esta capital, compuesta de laboriosos, honrados y pacíficos artesanos, ha dado el primer ejemplo de la asociación pacífica bajo la garantía de la ley y al amparo del orden. Ella ha servido de modelo para el establecimiento de otras fundadas sobre los mismos principios en varias provincias de la república" (18).

Ese respaldo oficial le crearía más tarde problemas al ejecutivo, pero a la Sociedad Democrática le propició un auge extraordinario en su militancia, al punto que la de Bogotá llegó a contar más de 2.500 afiliados, la de Cali 1.000 y en parecida proporción otras localidades del país. Entre tanto, la Sociedad Democrática debía hacer frente a crisis internas de alguna

(18) Arboleda, G.: Historia contemporánea de Colombia. Tomo III, pg. 47.

gravedad, motivadas por los reatos de conciencia de don Ambrosio López, el fundador. En 1851 había publicado un folleto con el título de *"El desengaño o confidencias de Ambrosio López, primer director de la Sociedad de Artesanos de Bogotá, denominada hoy Sociedad Democrática"*. Allí reniega de Obando; del 7 de marzo de 1849 día del triunfo de López, de los demás artesanos y hasta de su familia. El renegado López recibe a su vez una contrarréplica de Emeterio Heredia, director entonces de la Sociedad, pero López escribe entonces un segundo folleto, *"El triunfo sobre la Serpiente Roja, cuyo asunto es del dominio de la Nación"*, acusando a los artesanos de comunistas y arrepintiéndose del "execrable" e "infame" atentado del 7 de marzo. La respuesta es aprobada por unanimidad: "La Sociedad expulsa de su seno al señor Ambrosio López, por transfuga" (19). No cabe duda de que los tradicionales partidos colombianos parten de estas experiencias de las sociedades políticas. No es extraño, por lo tanto, que tres grandes vertientes surgieran de estas disputas ideológicas: el liberalismo propiamente dicho, de estirpe jacobina, librecambista y librepensador, frecuentemente con nexos masónicos, llamado en la época "draconiano"; el radicalismo "gólgota" partidario también del liberalismo económico pero compenetrado de un socialismo burgués de características filantrópicas; y el conservatismo, justamente organizado políticamente en 1849 por M. Ospina y J. E. Caro, a manera de contención de las ideologías revolucionarias sobradamente extendidas.

(19) Latorre Cabal, H.: ob. cit. pg. 77.

Se debe anotar que no obstante estas incompatibilidades, "gólgotas" y "democráticos" constituían una alianza política, que significativamente aunaba a la intelectualidad radical con las capas obreras ya informadas del socialismo proudhoniano y de otras formas políticas de parecida orientación. De modo que si los "democráticos" no constituían propiamente un conglomerado partidista, su actividad en la lucha los haría considerar un factor valiosísimo para el triunfo y consolidación del sistema radical en el gobierno. El rompimiento entre "gólgotas" y "democráticos" poco antes del golpe militar-artesanal del 17 de abril de 1854 que llevó a la Suprema Jefatura del Estado al general Melo constituye precisamente motivo de enorme interés para el estudio del tema que nos hemos propuesto, consistente en demostrar el carácter pequeñoburgués del melismo y la cohesión y consistencia de ese régimen dictatorial. El General J. Posada Gutiérrez consideraba este rompimiento como una "anomalía inexplicable de esas que está llena nuestra historia política", pero ahora se nos hace más fácil identificar ese rompimiento como el distanciamiento entre el ideologismo de los intelectuales burgueses metidos a revolucionarios y la masa popular siempre insatisfecha y siempre burlada en los escenarios de las grandes luchas colombianas.

EL PENSAMIENTO ECONOMICO
DE LOS ARTESANOS

La historia económica de Colombia durante los primeros treinta años de vida independiente es la de una lucha entre los partidarios de proteger las artesanías nacionales heredadas de la mejor época de la Colonia y los partidarios de lograr una emulación comercial entre los productos nacionales e importados para favorecer la calidad y la elevación a un alto nivel de la incipiente industria local. Esta lucha entre proteccionistas y librecambistas se define a favor del liberalismo económico a fines de 1849 y triunfa plenamente con la revolución liberal implantada en 1850.

Es esta una etapa de las más interesantes de toda la historia nacional, porque hacen crisis los esquemas ideológicos pacientemente traducidos y difundidos por los prohombres públicos al contrastar con las tradiciones criollas que entraban en un período de consolidación industrial. La real desaparición de la Colonia se puede fijar hacia 1850. Las contradicciones entre la ideología y la práctica de las doctrinas llega a su apogeo, y es frecuente el caso de que los más firmes defensores de un determinado progresismo estén trabajando en realidad por la destrucción de la economía nacional. Sobre decir que los partidarios, facciones y hombres públicos que intervienen en esta época reflejan vigorosamente estos antagonismos, y

que no es correcto enjuiciarlos bajo denominaciones que después tomaron rumbos más precisos. En esas contradicciones está precisamente la explicación de muchas de nuestras tragedias nacionales.

Los treinta primeros años de nuestra vida independiente se caracterizan por la eliminación de las rentas oficiales sin haber sido remplazadas por otros recursos fiscales. Los impuestos coloniales de la alcabala, los derechos de exportación, los diezmos, el impuesto a los aguardientes y el tabaco, los quintos, los derechos de hipoteca y registro, fuera de otros de menor cuantía fiscal, como las anatas, las medias anatas, el peaje, la internación, habían desaparecido? y el tesoro nacional se alimentaba solamente de las contribuciones de las Aduanas, Salinas y Papel Sellado.

Sin embargo esta eliminación de impuestos coloniales daría una cierta estabilidad al ingreso nacional, porque como muy bien anota Nieto Arteta: "La reforma tributaria, eliminando los impuestos coloniales, suscitaría un mayor desarrollo económico, el cual, aumentando la renta nacional, elevaría automáticamente el producto de los impuestos que fueran conservados"⁽²⁰⁾. Además de la Reforma Tributaria, de características liberales, el otro punto de especial consideración en esta etapa es el referente al comercio exterior. La mentalidad liberal que obtenía triunfos en lo interno con la reforma tributaria se veía abocada ahora a competir con los mercados extranjeros y a sacrificar, de esta suerte, el desarrollo industrial del país a favor de los comerciantes que tenían sus

(20) Nieto Arteta, ob. cit. pg. 125.

fortunas en Nueva York o Londres y sus mercados entre las masas criollas.

Inglaterra país de rica producción textil, con una burguesía en pleno florecimiento, entraría así a competir con los restos de una España feudal y agraria. La lucha por la libertad de comercio que había incidido en el pensamiento de nuestros libertadores, cuando éramos copartícipes del mercado exterior metropolitano, tenía plena justificación dentro de un sistema colonial pero ya independientes propiciaba un debilitamiento de las zonas fabriles. El problema tomaba entonces un cariz más difícil y que podríamos plantear así: si se protege con exceso la producción nacional se pierde la calidad de la industria y se cortan los nexos con el mercado mundial, pero si esta protección no se lleva a efecto languidece lo nacional ante la competencia ventajosa del producto foráneo. Los hombres de fortuna que había en el país no pudieron encontrar una fórmula salvadora ante la ventaja que les proporcionaba la importación de productos ingleses y europeos, frecuentemente a través de Estados Unidos, y sentaron precedentes para crear una burguesía comercial enfrentada a una pequeña burguesía agrícola-manufacturera.

Como dividendos por los servicios prestados a la causa de la independencia americana, la burguesía criolla debía ofrendar a la industria textil inglesa el mercado y el consumo necesarios para su expansión comercial. Los tratados internacionales de Colombia en asuntos comerciales se hacían en bases de mutuo acuerdo, tal vez dignos y aceptables en lo político pero tremendamente desventajosos en cuanto a competencia económica: igualdad de nacionales y extran-

jeros, cláusula de la nación más favorecida en forma incondicional, etc.

Por estos tratos los extranjeros podían entrar a competir desde el propio suelo neogranadino con las manufacturas nacionales, no sólo en el comercio sino en la misma producción industrial. Un artesano bogotano que había fabricado papel, el señor Juan Estévez, protestaba en 1824 por la competencia que le harían dos ingleses, de esta manera: "Enhorabuena que Hyslop, Rennie y otros mil sabios y peritos atraviesen los mares y vengan a darnos luces, industria y comercio, no sólo en este ramo de cultura sino también en cualquier otro que nos colme de utilidades y engrandecimientos; pero que a precio de sus beneficios se esclavice nuestra libertad, se encadenen nuestros brazos, se recarguen nuestras propiedades y se monopolicen nuestros recursos, es lo que no podemos ni debemos tolerar" (21).

Una síntesis afortunada de las consecuencias de esta política antagónica aparece en las recientes publicaciones del historiador Liévano Aguirre, cuando solicita atención al excesivo ascendiente que tomaron los comerciantes importadores, el gremio más poderoso del país, "no sólo por los recursos con que contaban sino también por la dualidad tolerada que entonces existía entre el ejercicio de la política y el ejercicio de las actividades mercantiles". "Lo más grave —prosigue Liévano— no era esa dualidad sino la naturaleza de los intereses que representaba el gre-

(21) "Una polémica a propósito de industrialización y proteccionismo". Boletín histórico, Fundación John Boulton, Caracas, Nº 1, dic. 1962.

mio de comerciantes, vinculado, como ninguno, a la estructura colonial de la economía colombiana; sus miembros eran los sucesores de los mercaderes de Cádiz y Sevilla y sus intereses y el ejercicio de su profesión los ligaban a la defensa de un tipo de economía, en la cual el país se limitaba a exportar frutos tropicales y a importar la totalidad de las mercancías manufacturadas requeridas por la población. Así se comprende la tendencia de los comerciantes criollos a interpretar el movimiento de independencia no como la oportunidad propicia para construir una economía autónoma o en proceso de serlo, sino como el principio de una era feliz para ellos, en que les sería posible dedicarse, sin restricción ninguna, a abastecer los mercados nacionales con la importación masiva de manufacturas extranjeras y principalmente inglesas. Esta tendencia era tan visible y las presiones internacionales que la estimulaban tan fuertes, que ella consiguió modificar el rumbo de las actividades de los comerciantes del oriente granadino, dedicados habitualmente a distribuir los productos de la pequeña manufactura y de la artesanía de dichas regiones. Los tenderos y comerciantes de la provincia del Socorro fueron los primeros en cambiar la orientación de sus actividades tradicionales, a fin de disputarle a sus colegas de Cartagena y Santa Fe el control del comercio de importación de manufacturas extranjeras. De la misma manera que los magnates del Socorro, —dirigidos por don Salvador Plata—, traicionaron en 1781 la Revolución de los Comuneros, sus inmediatos descendientes y herederos espirituales, —con Vicente Azuero Plata, Diego Fernández Gómez Plata y Florentino González a la cabeza—, se constituye-

ron a partir de 1820, en los voceros y agentes de una causa, como la del libre cambio, que debía asestar un golpe de muerte a la manufactura y la artesanía popular de las regiones orientales, de las cuales eran nativos. Ello explica por qué se presentó entonces, como se presentaría a todo lo largo del Siglo XIX la *extravagante paradoja* de que fueran los políticos y los comerciantes nacidos en regiones del actual Departamento de Santander —donde se hallaba localizado el más importante núcleo artesanal y manufacturero de la Nueva Granada—, los que se anticiparon a defender con mayor beligerancia el libre cambio y corrieron a condenar, como signo de retraso ideológico de colonialismo, todo género de protección aduanera a los productos de la manufactura y la artesanía nacionales. La tarea que en 1821 comenzaron Azuero, Gómez Plata, Florentino González y Francisco Soto, la continuarían los políticos y comerciantes de la nefasta oligarquía del Olimpo Radical, —en su gran mayoría de origen santandereano— y ello explica por qué el oriente dejó de ser el centro de gravedad de la República y se hundió en rápida y segura decadencia, en la medida en que sus propios voceros se comprometían en una política que sólo favorecía a los comerciantes importadores y que resultó fatal para las principales actividades productivas del pueblo santandereano” (22).

Y el ya mencionado sociólogo e historiador Nieto Arteta se expresa así: “El libre cambio eliminó las

(22) Liévano Aguirre, I.: “Los grandes conflictos sociales y económicos de nuestra historia”. La Nueva Prensa, Bogotá, pg. 428.

manufacturas del Oriente de la Nueva Granada. Fue esta la más desafortunada consecuencia de la imprecendente y absurda política librecambista” (23).

No valieron las ideas expuestas por Castillo y Rada en 1823 para desprendernos de un avasallante librecambismo, cuando señalaba que “el objeto de la legislatura debe ser el aumento de los productos con ventajas en la riqueza nacional”. Ni las explicaciones de José Ignacio de Márquez, quien en 1831 afirmaba en su Memoria de Hacienda: “La crisis de la industria que no ha podido resistir la competencia extranjera se ha debido a la excesiva libertad en el comercio exterior que ha hecho bajar el precio en los géneros. Así es como nuestros productos no tienen expendio, y los pueblos se han visto en la dura necesidad de abandonar sus fábricas, de donde ha resultado igualmente la paratía o más bien el casi ningún consumo de las materias primas con perjuicio de la agricultura y de la cría de ganado lanar. Si hay alguno que dude de esta verdad no tiene más que recorrer las industriosas provincias del Socorro, Tunja, Bogotá y Pamplona, antes bastante productoras y hoy abandonadas y pobres. Si se quiere, pues, vivificar el comercio y beneficiar a los colombianos, es preciso que se pongan trabas al comercio extranjero, prohibiendo absolutamente la introducción de varios géneros, frutos y efectos que se producen en nuestro país” (24).

(23) Nieto Arteta, L. E.: Economía y cultura en la historia de Colombia, pg. 192.

(24) Consuegra, J.: Apuntes de Economía Política. Ed. Pensamiento Económico y Social, E. Iqueima, Bogotá, 1963, pg. 237.

Tesis semejantes solicitaban las gentes comunes; como bien puede leerse en estos versos elementales que ha recogido Liévano Aguirre como propios del artesano José María Garnica:

*"Infeliz Patria, hasta cuándo
cesará nuestro desvelo,
vuestros hijos por el suelo
y los amigos mamando!*

*Nos traen mesas, taburetes,
canapés, escaparates,
baúles, zapatos, petales,
galápagos, ligas, fuetes
y multitud de juguetes
con que barren nuestros reales;
mientras nuestros menestrales
se abandonan por no hallar
cómo poder trabajar
igual a tantos rivales.*

*Preciso es, caros hermanos
que dejemos la manía
de empobrecer cada día
más y más los colombianos
dando preferencia ufanos
a las cosas extranjeras!"* (25).

Estas tesis sufrieron la tesonera oposición de los librecambistas más decididos, como el Dr. Florentino González, el General Mosquera y el expresidente He-

(25) Liévano Aguirre, I.: ob. cit. pg. 432.

rrán, justamente los más interesados en lograr prosperidad personal por sus fuertes capitales depositados en el exterior para fomento del comercio de importaciones.

Una forma de salvar las situaciones la constituyó y defendió el político Francisco Soto, al asumir una posición congruente con la realidad nacional: proteger algunas industrias, permitir la libre importación de algunos productos determinados y gravar moderadamente otros. "La posición de Soto era muy objetiva y, además, profundamente nacional: no hagamos que las manufacturas desaparezcan en virtud de la desastrosa competencia extranjera, pero tampoco obliguemos a los consumidores a comprar productos nacionales a precios elevadísimos por la formación o establecimiento de privilegios o prohibiciones" (26).

Nada de esto tuvo efecto en la actividad política de los legisladores, aunque al decir del profesor Consuegra, "el resto del siglo se desenvuelve en el mismo compás: se presentan doctrinas sobre las bondades de los dos sistemas, aunque por regla general las variaciones decretadas en las tarifas de los aranceles eran consecuencia de la situación fiscal que soportaba el erario. Así encontramos que aunque se dejase constancia ideológicamente con la doctrina librecambista, se imponían los gravámenes en busca de ingresos fiscales" (27).

Las divergencias entre los comerciantes de una parte y los manufactureros de otra se van a expresar relievanamente en la lucha interna que divide al par-

(26) Nieto Arteta, ob. cit. pg. 187.

(27) Consuegra J.: ob. cit. pg. 240.

tido liberal entre "gólgotas" y "draconianos", fraccionamiento que enfrenta a dos oligarquías igualmente interesadas en obtener la ventaja final, puesto que en tanto los comerciantes importadores intentan soluciones al solicitar, con las tesis del libre cambio, una fuerte introducción de mercancía extranjera que rebaje los precios en el consumo interno, los terratenientes criollos, herederos de esa filosofía propia del monopolio agricultor, se muestran incapaces de encontrar una salida nacionalista al descontento de las masas urbanas y frecuentemente de las propias masas campesinas consumidoras.

Es justamente en este momento en donde aparece el más antagónico distanciamiento entre gólgotas y artesanos, porque mientras aquéllos utilizan un lenguaje político socialista de grato a las Sociedades Democráticas, y los draconianos no toman en cuenta para sus actividades a los hombres humildes reunidos en sociedad, la alianza política entre los gólgotas y los artesanos no podía constituirse sin operarse, como sucedió, una fortísima ruptura ante las divergencias económicas que fueron, precisamente, una de las condiciones para el derrocamiento de la república liberal de los gólgotas y la instauración de la dictadura artesanal del General Melo.

Esta circunstancia va a lograr un entendimiento para la "anomalía inexplicable" que señalaba el General Posada Gutiérrez, porque el paso de la militancia política del artesanado al lado del sector "draconiano" en momentos de crisis para el golgotismo, no puede explicarse más que en función del proceso económico de 1850, cuando la revolución liberal volvía las espaldas al pueblo y buscaba afanosamente

una consolidación en medio del caos y el mayor desorden. Un notable testimonio de Arboleda nos pone en evidencia de esta situación: "Los democráticos, —dice el historiador— aparte de la labor meramente política y sectaria, abogaban por determinados principios económicos, en pugna con las ideales liberales que sus miembros decían profesar. El proteccionismo, que combatían las más avanzadas escuelas políticas, era acaso el desideratum de las democráticas y el punto de divergencia que no tardó en marcarse con los jóvenes pertenecientes a las sociedades republicanas. En una sesión de la democrática bogotana se trataba de firmar una petición al Congreso para pedir el alza de ciertos derechos de importación; tomó la palabra el doctor Samper Agudelo y trató de demostrar lo perjudicial de ese intento. Su discurso fue acogido con visible desagrado y el orador tuvo que bajar de la tribuna: el pueblo no entendía de razones ni de principios económicos" (28).

En realidad porque el pueblo entendía las "razones" de los legisladores debió bajarse el Dr. Samper, pero la referencia nos sirve para notar el grado de cultura política a que habían llegado las Democráticas y los intentos de los líderes por hacerlas entrar por las "más avanzadas escuelas" en asuntos económicos. Una prueba más de esa conciencia de clase evidente en las sociedades artesanales lo constituye el fin político que se habían propuesto, como era el de influir decisivamente en los actos del gobierno liberal para asumir una línea nacionalista en el comercio exterior y obligar a los miembros de la alta

(28) Arboleda, G.: ob. cit. III, 136.

burguesía a consumir productos nacionales o a pagar el lujo extranjero.

Cordovés Moure, en sus *Reminiscencias* dice así: "puede decirse que desde el año 1848 (sic) en que se fundó la Sociedad Democrática de Bogotá, la ocupación preferente de los artesanos en todas sus fases fue la política; pero como el cúmulo de doctrinas que repletó el cerebro inculto de la mayor parte de los obreros no estaban en relación con la potencia intelectual de ellos, produjoles indigestión cerebral o confusión de ideas. De ahí provino que se invistieran motu propio, con las facultades anexas al pueblo soberano, y que creyeran a pie juntillas que los artesanos de esta ciudad eran los únicos que tenían derecho a gozar de las prerrogativas de todos los ciudadanos que forman la nación. También pedían los artesanos el cumplimiento de alguna de tantas promesas que de tiempo atrás les venían haciendo, mediante las cuales debía mejorar la situación y convertirse esta comarca en otro valle de Jauja donde, al sentir de los trovadores, los ríos manan leche y la tierra miel. Y como la popularidad del Gobierno decrecía a ojos vistas, vinieron aquellos a hacerse necesarios, y creyeron llegado el caso de exigir al Congreso un acto legislativo por el cual se elevaran los derechos de importación que gravaban los efectos manufacturados a tal altura que los consumidores se vieran obligados a pagar los artefactos del país al precio que tuvieran a bien imponerles los productores, gravamen que no pesaría sobre el pueblo soberano, que se vestiría de alpargatas, quimbambas, mantas del Socorro, camisetas y sombreros de palma; pero que haría tributarios de los artesanos a los aborreci-

dos cachacos, gólgotas o gente de casaca, quienes para aquéllos eran sinónimos de enemigos del pueblo" (29).

Por esta razón los artesanos van a ser el más firme y constante apoyo del General Melo en la dictadura, ya que sus esfuerzos se encaminarían desde un principio, a imponer fuertes empréstitos internos a la burguesía bogotana y a elevar las tarifas de importación para los artículos foráneos.

La crisis que se avecinaba encuentra afortunada explicación en estas frases de D. Miguel Samper escritas en 1867: "En muchos de los obreros de ciertos oficios, principalmente los de sastrería, zapatería y talabartería, predomina una fuerte antipatía contra las clases más acomodadas, a cuyo egoísmo atribuyen la penosa situación en que se encuentran, y un odio reconcentrado contra todo lo que se llama gólgota o radical, porque el partido que lleva ese nombre luchó contra la dictadura de Melo en 1854 y se opone a las ideas de protección en favor de los artefactos nacionales" (30).

Un ilustrado investigador de nuestra historia, A. Quimbaya, no acepta que el golpe de Melo fuera dirigido por los artesanos, y antes cree que fue un golpe militarista contra las tesis revolucionarias del liberalismo, golpe que oportunamente se habría podido evitar (31).

(29) Cordovés Moure, J. M.: *Reminiscencias de Santa Fé y Bogotá*, pg. 221-222.

(30) Nieto Arteta, ob. cit. pg. 195.

(31) Quimbaya, A.: *Cuestiones colombianas*. Ed. Suramericana, Bogotá, 1958, pg. 247.

En realidad así eran los planteamientos de los draconianos, precisamente: protegamos a los manufactureros para evitar el cambio, evitemos la vocinglería socialista de los gólgotas para evitar lamentables consecuencias. Pero los artesanos no elevaban documentos petitorios al Congreso sólo para arreglar sus problemas sino para denunciar el caso insólito en que la República Liberal de López y Obando los tenía sumidos. Además de solicitar, dentro de una nítida argumentación proteccionista, gravámenes fuertes a los artículos manufacturados en el extranjero, como los paños ingleses y los muebles europeos, pocos días antes del golpe dictatorial, el 20 de marzo de 1854, los artesanos reclamaron algo en extremo simple pero difícil de aceptar entonces por el liberalismo gobernante, más cercano a la libre empresa que al patrocinio oficial: pedían los artesanos el derecho al trabajo. Que el gobierno les garantizara trabajo para ellos y sus familias, aportando capital para la construcción de un gran taller donde absorber la mano de obra desocupada por las importaciones extranjeras, talleres tal vez como los previstos por el utopismo de los socialistas franceses. "Pan, trabajo o muerte" rezaban los pasquines y letreros murales que habían aparecido profusamente en las calles de Bogotá: trabajo o muerte pedían este 20 de marzo.

Es suficientemente conocido el hecho de que la elección presidencial del 7 de marzo de 1849 estuvo presidida por la acción resuelta de las Sociedades Democráticas. La masa popular que rodeaba la Iglesia de Santo Domingo, lugar escogido para la elección de segundo grado por no haber obtenido ninguno de los candidatos volumen suficiente de votos en el escrutinio, ostentaba en los sombreros divisas rojas con leyendas como "Viva López, candidato popular" y "Viva López, terror de los conserveros".

Esta elección es famosa en nuestros anales políticos, porque a la acción política del pueblo bogotano se le cargó de improperios por la presión ejercida sobre la diputación y, según se ha afirmado, por el amedrantamiento a algunos de ellos. No vamos a terciar en discusión tan antigua y anodina, que ha servido no pocas veces para exaltar los ánimos partidistas y a hacer recaer muchos de los males de la patria sobre aquel episodio electoral, de modo sobradamente cómodo y simplista. Pero sí es conveniente anotar que se ha dado tendenciosamente excesiva importancia al voto del patricio conservador Mariano Ospina ("voto por el General López para que los diputados no sean asesinados") cuando en realidad, ya se descontaba por seguro el triunfo de López, que

había doblado en votos a Cuervo y Gori juntos en las elecciones cantonales. El mismo Dr. Ospina en carta a un amigo suyo fechada el 13 de abril de 1849 aseguraba "que convenía que las facciones ganaran la elección, porque nuestro partido, dividido y anulado, no podría ya gobernar".

El gobierno del General José Hilario López se caracterizó por la reforma profunda de la estructura constitucional del país, en forma tan variada y completa que incluía tanto la supresión del tratamiento oficial de los magistrados cambiándolo por el de ciudadano, hasta la abolición de la pena de muerte y la manumisión de los esclavos. Se dio libertad absoluta a la prensa y se organizó la Comisión Corográfica, y finalmente se aplicó el decreto sobre expulsión de los jesuitas, que serviría de pretexto para el levantamiento armado del conservatismo, en 1851.

Sofocada esta revuelta en corto tiempo, el gobierno continuó propiciando el desarrollo de su política a través de las sociedades políticas, —ya vimos cómo en persona el mismo López asistió a la fundación de la Republicana, el 25 de septiembre de 1850—, buscando llevar a todos los sectores del pueblo una amplia base de aceptación de las reformas liberales. Entre tanto, la oposición no cesaba de llamar "socialista" —sinónimo de diabólico—, al ejercicio gubernamental de López, tomando como pretexto las muchas retaliaciones y abusos que se cometían en la zona campesina del Cauca y que López no impugnaba aceptándolos como "retozos democráticos".

Minando el prestigio del lopismo, corrían frecuentemente "chispas" o rumores sobre golpes militares,

conservadores, democráticos, comunistas. Por ejemplo, encontramos que el Gobernador de Bogotá, General Mantilla, informaba en julio de 1850 al poder ejecutivo que "los enemigos del gobierno explotaban las falsas noticias sobre impunidad para evitar las elecciones", y que "otra arma electoral fue la del comunismo, que se dijo y se hizo creer a las gentes sencillas, que el 20 de julio autorizaría el gobierno a sus amigos para el despojo forzado de las propiedades permitiéndoseles un saqueo que debía durar varios días" (32).

J. M. Restrepo consigna en su Diario un rumor semejante, esta vez como una emboscada que preparaban los democráticos contra los masones, que nunca tuvo ocurrencia (33).

En este ambiente tenso y de inconformidad creciente se desarrollaron las elecciones presidenciales de 1853 que ganó el General "draconiano" José María Obando al General Tomás Herrera, candidato de los "gólgotas". A estas elecciones no concurrió el conservatismo y los democráticos apoyaron a Obando. El 1º de abril tomó posesión en la Catedral. Su discurso, muy al contrario de lo que era de esperarse, no halagó a los democráticos porque decía mal de su ideología, pero tampoco fue del agrado de los demás partidos. Los unos por excesivamente parcos y los otros por radical, lo cierto es que Obando empezó con tropiezos una administración que sólo duraría un año. Muy pronto empezó un odio señalado entre gólgotas y draconianos, haciendo aparecer a

(32) Arboleda, G.: ob. cit. III, 137.

(33) Restrepo J. M.: Diario político y militar, IV. 308.

aquellos como falaces que habían seducido a los artesanos con esperanzas lisonjeras que no se realizaban. La ruptura del artesanado con el lopismo daba un compás de espera para el nuevo gobierno, que como el de López, esperaba contar con los artesanos para las más duras eventualidades.

A Obando le correspondió sancionar la nueva Constitución Nacional que había sido aprobada por el Congreso en 1853, con base en el proyecto del Dr. Plata (34). La carta era fundamentalmente descentralista, permitiendo la elección popular y directa de los gobernadores; proclamaba el sufragio universal directo y secreto, daba a los municipios amplia autonomía, semejante a la que tenían en la época colonial: proclamaba la libertad de la Iglesia respecto al Estado, quedando separada de hecho; proveía a la elección de los curas párrocos por los cabildos y cedía los cementerios a las municipalidades.

La nueva constitución, de contenido profundamente liberal, desconcertó a los conservadores. El señor Restrepo exclamaría así: "¡Esperamos que su duración sea corta y nos fundamos en que sus disposiciones principales son contrarias a los usos, costumbres y hábitos de nuestro pueblo! Pobres de los granadinos entregados a tantos empíricos e ignorantes que copian a Proudhon, Luis Blanc, Girardian y otros franceses que son sus modelos, muchos sin haberlos leído" (35).

(34) Constitución política de la Nueva Granada. 1853. Revista del Archivo Nacional, Año I, N° 4, Bogotá, 1936.

(35) Restrepo, J. M.: ob. cit. tomo IV, pg. 356.

De Obando se ha dicho que era un hombre de pasiones violentas, ambicioso, cauteloso y astuto, de excelente vida privada, sobrio y buen amigo. Autoritario y legalista, adversario a la dictadura, no tenía sin embargo un fervoroso espíritu civilista común en muchos militares de entonces. Al poco tiempo de asumir el gobierno ya había perdido la opinión de las Cámaras. Los "gólgotas", enemigos leales del conservatismo, se aliaban sin embargo con él para atacar al gobierno.

Aún más, personalmente inconforme con la Constitución del 53, Obando la signó haciendo promesa de cumplirla, lanzando un manifiesto en donde se comprometía a serle leal desde su vigencia, el 1° de enero de 1854.

Poco después, en nuevas elecciones provinciales, perdía el gobierno el control político del país al caer buen número de cargos en gólgotas y conservadores. El gobierno se fue viendo acosado y tuvo que replegarse hacia los cuarteles y las Sociedades Democráticas. Ya sabemos que los gólgotas, a pesar de sus teorías avanzadas, no tenían vinculaciones con el pueblo excepto las que le habían proporcionado con López el artesanado. Las pugnas clasistas entre los comerciantes y los manufactureros habían creado un alinderamiento total y la búsqueda de apoyo en las Democráticas hicieron más ostensible a la burguesía el peligro que corrían con el gobierno de Obando, aumentando con esto la desconfianza y la confusión. El permanente maltrato entre "guaches rojos" y "cachacos monopolistas" había escindido definitivamente a la opinión pública, con mucha mayor polaridad que la existente entre los partidos.

El general José María Melo, entonces comandante militar de Bogotá, fervoroso obandista y partidario de las Democráticas debía resistir en gran parte la presión del descontento general. La anarquía se había enseñoreado de la capital en donde ya habían pasado sangrientos choques entre las clases sociales. Los gritos contra los gólgotas y los cachacos eran frecuentes en las procesiones, las corridas de toros y las reuniones públicas. Encuentros entre húsares y "cachacos" habían dejado heridos y contusos, mientras la actividad política de los artesanos había logrado crear una gran base de opinión popular, de la que hacían ostentación pública. Un tradicionalista veía en ella un ambiente cargado de posibilidades: "los artesanos apellidaban anárquica la Constitución, toda empresa productiva constituía un monopolio, el comercio era para ellos agio, la gente rica y trabajadora y la juventud brillante de la sociedad, objeto de su odio" (36).

Obando consideraba a Melo un hombre necesario para el sostenimiento del poder. Ante la pérdida de la iniciativa en las cámaras, rodeado de gobernadores desafectos, acudía al prestigio de Melo, que no rebasaba ciertamente las dimensiones de la Sabana, pero que tenía además del Ejército, la incontrastable fuerza de las poderosas Sociedades Democráticas.

Propusieron entonces los gólgotas la supresión del Ejército permanente y la anulación del grado de general, proyecto que tenía nombre propio. Obando declaró que si lo dejaban sin generales nombraría

(36) Henao y Arrubla: Historia de Colombia. Lib. Camacho Roldán, Bogotá, 1920, pg 526.

a Melo en la cartera de Guerra. Los draconianos y los democráticos veían el derrumbe del gobierno apresuradamente, y sordos rumores de que se intentaba un levantamiento de los terratenientes caucanos, acaudillados por Julio Arboleda, les movía a organizar la toma del poder.

Pero no eran del todo descabellados los presentimientos de los democráticos. Los vencidos en 1851 se reagrupaban, y en el propio Bogotá, el doctor Pedro Ospina, jefe conservador de Cundinamarca, solicitaba de los ricos, en unión de los doctores Borrero y Del Real, este último Secretario de Gobierno, armas y municiones para tomar la iniciativa en cualquier eventualidad. Al no conseguir Del Real apoyo del gobierno ni de los ciudadanos pudientes, renunció muy poco antes del golpe de Melo.

A su vez, los democráticos hacían otro tanto, no preocupándose nadie del gobierno sino de quién lo iba a derribar primero. Estos últimos, dirigidos entonces por el doctor Lorenzo María Lleras, un intelectual radical pero débil, se reunían con Melo, el doctor Francisco Antonio Obregón y el señor Lisandro Cuenca, entre otros más, para prevenir cualquier cambio intempestivo de gobierno y lograr la unidad de propósitos tanto del ejército como de las Sociedades Democráticas. Lleras, para disuadir a la opinión del carácter conspirativo de estas reuniones, logró hacer aprobar una proposición legitimista, pero la fuerza de los acontecimientos se hacía tan aguda que la Sociedad optó por ofrecerle a Obando respaldo absoluto para implantar una dictadura, no comunicándose hasta no obtener el

consentimiento previo de los artesanos y del ejército.

April 5-11
El 16 a las 8 de la mañana, se reunieron los Democráticos frente a las puertas del cuartel de artillería. Se calcula que de 500 a 600 milicianos fueron armados y municionados allí ese día, mientras se anudaban cintas rojas en los sombreros con el lema de la revuelta preparada, "VIVAN EL EJERCITO Y LOS ARTESANOS, ABAJO LOS MONOPOLISTAS" (37). En orden marcharon estas milicias por las calles, no siendo ya para nadie un secreto que artesanos y ejército, tomarían el poder.

Alarmado el señor Restrepo, testigo presencial de estos hechos, escribiría en su diario: "Les han hecho creer a los artesanos que hay escasez porque algunos hacendados, como los Latorre, han monopolizado la carne y otros víveres de primera necesidad. La última expresión también se dirige contra los ricos; los que nada tienen dicen que algunos han monopolizado la riqueza que se debe repartir entre los pobres. Las funestas doctrinas de Murillo, Camacho Roldán y socios han corrompido a los artesanos de Bogotá y será harto difícil restablecer entre ellos las doctrinas conservadoras de la Sociedad" (38).

(37) Restrepo, J. M.: ob. cit. IV, 367.

(38) Restrepo, J. M.: ob. cit. IV, 368.

El 17 de abril de 1854 a las cinco de la mañana, 300 húsares con uniformes de gala traídos de Europa y en perfecto estado de disciplina formaron de a cuatro en fondo en la Plaza de Bolívar. Los 600 democráticos que el día anterior habían tomado armas en el cuartel de artillería formaron también a manera de milicias populares. El general Melo, sobre su caballo favorito de color zaino, desafiando abiertamente la Constitución recién promulgada y las instituciones nacionales, gritó con fuerza: "Abajo los gólgotas". Aquel grito fue coreado con estrépito y muchos gritos más se oyeron a favor de Obando, de Melo, de las Sociedades de Artesanos.

Definitivamente el ejército y el pueblo organizado habían sorteado la toma del poder, pero necesitaban de la persona del general Obando para que gobernara en la dictadura. Así, al menos, estaba convenido.

La primera defección fue del doctor Lleras, presidente de la Democrática: despachó a Obando una misiva en la cual declaraba no haber tenido parte alguna en la Revolución, como en efecto, mal la pudo haber tenido.⁽³⁹⁾

(39) Soriano Lleras, A.: Lorenzo María Lleras. Academia Colombiana de Historia, Vol. XIV, Ed. Sucre, Bogotá, 1958, pg. 67 y 141.

Pero el resto de los miembros se aprestaron a tomar la mayor participación posible en el gobierno. Las precauciones para tomar el poder habían llegado a su más difícil eventualidad, y ahora debía asumirse la responsabilidad de la revuelta con todos los riesgos.

La situación anárquica debía terminar. Un presidente liberal sin apoyo de las ramas del legislativo; una Corte Suprema conservadora que anulaba las gestiones administrativas del ejecutivo; unos gobernadores liberales que desobedecían, otros conservadores que conspiraban, alcaldes de uno u otro partido con cabildos contrarios frenando las más simples disposiciones, debían terminar de una vez por todas. La patria debía superar esta continuada predisposición al caos y a la disolución y las fuerzas militares y populares habían asumido el control del gobierno mientras podría hacerse algo mejor.

Tenía razón la *Gaceta Oficial* cuando decía: "Graves temores y alarma han tenido lugar en esta capital en la presente semana. La palabra revolución ha sido durante estos últimos días el tema dominante, y hasta ha llegado a hablarse de vengadora. En unos pocos círculos son los conservadores los que meditan planes de dictadura: en otros son los individuos del ejército quienes intentan arrojar a un acto de despecho: algunos juntan a los liberales y a los democráticos; al paso que otros llegan hasta reunir a los mismos militares y a los gólgotas en estas imaginadas intentonas" (40).

(40) *Gaceta Oficial*, Bogotá, marzo de 1854.

Unas hojas impresas por la Sociedad Democrática en que excitaba a las otras sociedades a organizarse, armarse y estar listas a repeler la fuerza con la fuerza, había creado seria perturbación en el gabinete y había terminado por acelerar la renuncia de algunos liberales, como la ya indicada del doctor Del Real. En otra hoja impresa, bajo el título de *El valor de los artesanos*, podía leerse que las luchas de los obreros habían extendido fama hasta los más apartados pueblos de Europa, que su valor había sido admirado más de una vez en el exterior y había servido "como una trinchera a los atentados y a las demasías de los hombres perversos que, con el nombre de congresistas habían traicionado siempre la voluntad de los pueblos", pero que todo había desaparecido en un momento de debilidad, porque habiendo sido agredidos algunos artesanos el 19 de mayo en uno de los motines con los cachacos, la anterior fama y prestigio solo podría recobrase "con una acción grande y heroica y digna de vuestro orgullo". Se les recordaba también que "recobrarán su honor y no dejarán envilecido el nombre de democráticos que era el ludibrio de los aristócratas", y finalmente se les decía: "¿Queréis que reine de una manera positiva la democracia? Pues haced esfuerzos propios de hombres valientes, no os aterréis a la vista de los oligarcas, no corráis cubiertos de pavor como el 19 de mayo, o seréis cada uno de vosotros un esclavo de la nobleza, que os tratará con el rigor de un déspota insoportable".

Sin embargo, las hojas impresas por los democráticos habían producido una situación de regocijo en la Plaza de Bolívar aquel 17 de abril, y mientras

se esperaba el resultado de la comisión enviada a conversar con el Presidente Obando, hubo repiques de campanas, dianas que empezaron con un bambuco criollísimo y toque de tambores, cornetas y clarines. Sesenta cañonazos informaron a la sociedad bogotana que había novedad en la administración pública, y que el general Melo esperaba en la calle la solución de Obando.

La comisión enviada a Obando estaba constituida por el doctor Francisco Antonio Obregón, presidente de la Junta General Democrática, por el artesano Miguel León, de profesión herrero, presidente del Cabildo de Bogotá, y por el general Gutiérrez de Piñeres, con José María Melo la más alta autoridad militar de la capital. Así pues, desde un comienzo los artesanos empezaron a dirigir las conversaciones con el gobierno y no puede decirse que los militares, y solo ellos, llevasen la iniciativa en las acciones políticas de este día.

Un relato de las intervenciones, de los argumentos decididos de los dos democráticos, Obregón y el herrero Miguel León, de las contestaciones de Obando, servirá como pauta para medir la trascendencia de la situación: "Tomó la palabra el maestro León, quien discurrió sobre Scila y Caribdis y aseguró que los gólgotas y los conservadores perdían la República; que los democráticos y los militares debían salvarla, que para ello se había verificado un movimiento regenerador, y que el inmaculado general Obando era el llamado y proclamado por la voluntad soberana del pueblo a encabezar el movimiento. El presidente les contestó que estaba altamente sorprendido con semejantes acontecimientos, que no

podía menos de sentir que el ciudadano León, su amigo y compañero en esfuerzos para plantear la verdadera República y la democracia en la Nueva Granada, se hubiese lanzado en semejante movimiento; que él por su parte, deploraba la situación en que se encontraba el país, y mucho más aquella en que se colocaban sus amigos; que él nunca aceptaría un mando como el que se le ofrecía, porque siempre había combatido por la ley escrita, y concluyó haciendo votos porque se salvase la República".

"León arguyó a Obando que había creído que todo se hacía con su acuerdo, a lo cual replicó el presidente que estaba equivocado porque nada sabía de sus proyectos; que su corazón se despedazaba al ver lo sucedido; que su deber era seguir la senda que le trazaba la Constitución, y que no haría otra cosa. Rodríguez le reconvinó diciéndole: Así abandona usted a los que lo han defendido y han peleado por usted, como yo que lo acompañé hasta la Chanca. Usted, repuso Obando, entonces me defendía, y ahora contribuye a derribarme. A continuación habló el presidente de la Junta Democrática y expresándose en términos análogos a los de León, fue más explícito en atribuir al Congreso los males que soportaba el país. La respuesta que obtuvo fue idéntica a la que recibió su compañero. El doctor Del Real, que se había presentado con el doctor Pinzón, aconsejó al presidente legítimo; hízolo así y Obregón le manifestó que antes de responderle era preciso que Obando declarase si aceptaba lo que se le ofrecía. El presidente replicó que él no podía aceptar nada que no fuese el título legal que le

había dado la Nación: pues entonces no le reconocemos ya a usted por presidente ni por nada, afirmó Obregón y volteando la espalda se retiró, con sus compañeros, excepción de Gutiérrez de Piñeres, que aseguró haber ido a ofrecer sus servicios al presidente" (41).

Cumplido de esta suerte el derrocamiento de la autoridad legítima, debemos analizar efectivamente si "solo para efecto de suprimir la corporación legislativa se buscó la proclamación de la dictadura" (42) o si en el establecimiento de este poder compartido entre militares y artesanos obraron otros fines de mayor alcance.

Es cierto que el ejército permanente se hallaba amenazado por los gólgotas en el Congreso, pero lo es también que su proyecto era de lo más descabellado posible, porque no existiendo un pie de fuerza elevado, —mil hombres para todo el país—, mal podría juzgarse por razones ideológicas o de economía presupuestal que mucho se ganaría con la supresión de las fuerzas militares.

No se puede decir, tampoco, que entonces había una reaccionaria camarilla militar, a la que nunca debió prestar concurso una organización política como la de los artesanos. Buena parte, gran parte del ejército estaba todavía en manos de oficiales que habían logrado derrotar el colonialismo español, y no pocos de ellos encabezaban las listas radicales para los cargos de representación, cuidándose muy

(41) Arboleda, G.: ob. cit. IV, pg. 46-47.

(42) Quimbaya, ob. cit. pg. 61.

bien de no alterar el orden constitucional y de hacer cumplir las reformas democráticas aprobadas en el Congreso. Es evidente que la actitud de Melo fue lógica al asumir el mando civil y militar porque la anarquía existente no pudo ser conjurada ni por los partidos ni por el mismo Obando, y el derrocamiento del presidente que se hacía cada vez más próximo e innegable no podía conducir a ninguna parte sino a la rapiña más agresiva y caótica de la suprema magistratura. Ya tendremos ocasión de analizar los yerros de Melo y sus más inmediatos colaboradores, pero por los antecedentes y la asistencia permanente de los artesanos a este gobierno, que se inicia con el viril discurso del herrero León el día 17 de abril y concluye con su muerte heroica, el propio día de la toma de Bogotá por los ejércitos coaligados liberal-conservadores ocho meses después, se puede afirmar plenamente que este fue un gobierno de nítidos perfiles artesanales, y que todos los desaciertos y logros son atribuibles a los directores políticos, fundamentalmente a la pequeña burguesía democrática y no a los oficiales del ejército.

También es oportuno analizar por qué Melo implantó la dictadura en vez de un Congreso con representatividad de los partidos políticos. Esa objeción carece de lógica y peca de ingenuidad, porque es claro que Melo no podría gobernar apoyándose en el sectarismo más descarnado de que hacían gala los partidos, justamente la más evidente señal del deterioro del sistema representativo; su grito de "Abajo los gólgotas" no era, indudablemente, un grito contra un determinado partido sino contra los

vicios del Congreso que minaban la vida organizada de Colombia. Aspiró, sí, en cambio, a reunir la Convención del Pueblo/que nunca pudo efectuarse a causa de la guerra civil.

Otra frecuente objeción estriba en señalar la derrota de la revolución artesanal por las deserciones de algunos hombres de importancia. Un eminente economista y político afirma que el golpe de estado de abril "pierde proporción, cauce y moral con dos deserciones: la del general Obando, presidente de la República, y la de los intelectuales radicales que se habían convertido en guías políticos de las Sociedades Democráticas" (43). Sin esas deserciones, se habían logrado tres grandes objetivos: "transformar las bases sociales del país, devolviendo al pueblo el ejército republicano de su soberanía; convertir el levantamiento de los cuarteles y de las Guardias Nacionales en una insurrección general del pueblo y resistir la contrarrevolución —falsamente llamada *constitucionalista*— destinada a defender los intereses de las clases ricas de los dos partidos" (44).

En cuanto a Obando, no se puede asegurar hasta hoy que hubiese pertenecido a las Sociedades Democráticas. El no defeccionó más que de la presidencia de la Nación. Y los intelectuales que dirigieron la revolución, Obregón y Posada, especialmente, terminaron rodeando al general Melo como también terminaron con él las Sociedades Democrá-

(43) García, A.: Gaitán y el problema de la revolución Colombiana, pg. 50.

(44) García, A.: ob. cit. pg. 61.

tics y la inmensa mayoría de los artesanos armados que lo secundaron hasta el final. Las razones del fracaso de Melo, se deben buscar, necesariamente y en su mayor parte, en las condiciones objetivas de una nación distanciada de los fermentos intelectuales del socialismo europeo, con un cuerpo de doctrina tal vez superficial o sectario, pero nunca en una defección o en un arrepentimiento.

A solo treinta años de sellada la Independencia y a sesenta de la Revolución del pueblo comunero, por primera vez en la vida republicana una clase social distinta de la burguesía asumía la dirección política del Estado. Esa es la trascendencia y la importancia del golpe melista y esa su significación social. Que esa clase era una disparidad de matices políticos y que se desconocía entonces la estructura de clase del régimen burgués lo suficiente como para que el artesanado hubiera roto definitivamente las cadenas de la esclavitud, es un planteamiento que no cabe si intentamos su ubicación en tiempo, no solo cronológico sino político y cultural. Nada más pudieron hacer los artesanos sino tomar el poder un día y defenderlo durante ocho meses, hasta morir o salir al destierro, pero una acción política de semejantes alcances no volvió a repetirse en nuestra historia.

JOSE MARIA MELO:
GENIO Y CONDUCTA

Si de algo pueden ufanarse las historias oficiales que se escriben en el país bajo la inspiración de los vencedores, es de lograr crear imágenes mentales deformadas de los hombres derrotados en las luchas políticas o de disfrazar con subterfugios la personalidad de quienes no satisfacen las ambiciones de los que a sí mismos se consideran dueños naturales del país. A un firme y valientísimo general de la Independencia, tal vez el más brillante de los granadinos, nos lo pintan como un quijotesco Precursor y no como al hombre público que dio fisonomía política al país en una lucha incansable para hacer de la realidad una vía para la organización de la nueva patria. A un fogoso e indiscutible caudillo popular en los primeros días de la independencia nos lo muestran como un irrespetuoso agitador de las masas santafereñas, muy inferior al buen comerciante que nombraba a sus amigos para la Junta Suprema asegurando el control del levantamiento por parte de la oligarquía exportadora.

Del general Melo se ha dicho que era de origen oscuro, militar mediocre, y que su participación en el golpe del 17 de abril fue motivado por intereses mezquinos, como el de librarse de un juicio que le seguiría el Congreso por haber asesinado a un

cabo insubordinado. Que el posible mérito del general fue menguado por la acción disparatada e in-calificable de sus secuaces, habiendo salvado la República, la dignidad del ejército y el buen nombre de las "gentes de bien", la feliz unión de los partidos para derribarle por la fuerza. Una revisión al azar de los libros escritos para la enseñanza de la historia y para consumo de los niños y jóvenes colombianos nos informa de lo anterior.

Nada más calumnioso y nada más inexacto. El general Melo provenía de familias campesinas del Tolima, es cierto, pero esa no podía ser causa de desmerecer ante sus conciudadanos. Si de linaje se tratara, ahí estaba su esposa, Vargas y París, de entrada ancha a todos los tertuliaderos y círculos de la época, testimonio además del nivel social que había adquirido el general Melo.

Debemos aceptar que José María Dionisio Melo y Ortiz hizo una brillante carrera militar, sin ambiciones políticas. Tal vez el hecho de no haberse mezclado en las contiendas electorales le grangeó enemistades públicas y cierto desprecio en los medios del Congreso. Porque Melo fue ante todo un militar de carrera. Se había enrolado en el Ejército Libertador cuando solamente tenía 18 años, habiendo sido aceptado como teniente por sus cualidades de mando y su orgullo patriótico. Por riguroso ascenso llegó a general el 2 de junio de 1851, 33 años después. No se puede decir tampoco que Melo fuera un general inculto. Su vinculación a la lucha política de las Sociedades Democráticas debió proporcionarle una cultura general sobre las teorías del Estado y el papel de las clases sociales, que bien pudo confirmar

en sus viajes por Europa y especialmente por Alemania, país del que guardaba especiales remembranzas. El 19 de junio de 1852 fue designado Comandante General del Departamento de Cundinamarca y Jefe de la Segunda División del Ejército, cargo que mantenía el día del golpe de estado (45).

Guardando una consistencia extraordinaria en sus normas de vida, al ser expatriado en 1855 se dirigió a México, donde solicitó ingreso en el ejército reformista que siguiendo las pautas de Benito Juárez luchaba contra la reacción imperial francesa, muriendo fusilado por el general conservador Juan Ortega y sirviendo a órdenes del general Angel Albino Corzo, en la hacienda de Juncaná, el 1º de junio de 1860. Melo tenía entonces un poco más de 60 años (46).

Una defensa nobilísima de parte de un respetable escritor, el doctor Carlos Lozano y Lozano, nos trae nuevas apreciaciones críticas sobre la personalidad del general Melo. "Es un honor para esta República —dice Lozano— tan solícitamente preocupada por el decoro de sus gobernantes, y que ha elegido siempre para la silla consular a varones de gran envergadura, eminentes de verdad en cualquiera de los aspectos de la superioridad humana, que el general José María Melo y Ortiz no hubiera sido, como lo pretenden algunos, un sargento bárbaro, ni un hombre señalado por el oprobio o de conducta sombría. Nacido en Chaparral el 9 de octubre de 1800,

(45) Castro Ricardo: Páginas históricas colombianas. Medellín, 1912, pg. 184.

(46) Arboleda, G.: ob. cit. IV, 128.

era "uno de los más distinguidos oficiales de la independencia, soldado de oficio, militar de honor, probado liberal", afirma don Aníbal Galindo, cuyo testimonio es insospechable, pues apenas hubo conocido los sucesos del 17 de abril, empuñó las armas contra la dictadura, y ese concepto fue escrito muchos lustros después. Poseía el busto del Libertador, las estrellas y escudos concedidos a los vencedores en Pichincha, Junín y Ayacucho, y era de los Libertadores del Sur, "benemérito en grado heroico y eminente", reza la hoja de servicios del general expedida por las autoridades con todos los requisitos de la ley. Este simple documento irrecusable bastaría para acreditar sus méritos y esfuerzos durante la guerra emancipadora, si no hubiera además el testimonio de muchos de sus contemporáneos, y el de historiadores como don Juan Francisco Ortíz, Gustavo Arboleda y Tulio Samper Grau. El mismo doctor Camacho Roldán, en el severo discurso en que acusó a Obando ante el Senado, se refiere a Melo sin palabra alguna de censura respecto de su vida anterior a los sucesos de abril; y aún el implacable don Venancio Ortíz que vapula con rudeza a casi todos los compañeros del dictador, al trazar su silueta se abstiene de todo ultraje o vituperio" (47).

Dos conceptos contrarios al general Melo lo describen como inseguro y veleidoso, pero no desdican de sus convicciones democráticas ni de su capacidad personal para el mando y el gobierno.

(47) Lozano y Lozano, C.: Discurso de recepción como miembro de Número de la Academia Colombiana de Historia, Bol. de Hist. y Antig. Nros. 361-362, Vol. XXXI, pg. 1007.

D. Rafael Núñez asegura que "Melo era un hombre de inseguros antedecedentes políticos, había pertenecido a causas opuestas, y en su cabeza no cabía ilación de ideas. Era en una palabra, lo que se llama un soldado de fortuna, disfrazado entonces de ardiente liberal y de amigo apasionado del general Obando. A juzgar por lo que decía a los que solían rodearle, la mera posibilidad de una reacción conservadora le sacaba de quicio" (48).

Y Antonio Pérez Aguirre, más conocido como Salustio, dice así del general: "De temperamento veleidoso, estuvo comprometido en las intrigas que produjeron la dictadura del general Urdaneta y por tal motivo tuvo que emigrar a Venezuela, en donde se vio mezclado en algunas aventuras revolucionarias. De regreso al país, volvió al ejército en la administración del general López, después de haber pasado unos años dedicado a negocios particulares. Activo, consagrado al servicio, enérgico para mantener la disciplina de los cuarteles, Melo fue adquiriendo ascensos hasta llegar a Comandante de Bogotá" (49).

La descripción que hace el doctor Lozano y Lozano de sus rasgos psicológicos no puede omitirse en esta revisión de literatura sobre la época dictatorial. "Militar desde la adolescencia y tan solo militar,

(48) Otero Muñoz, G.: La vida azarosa de Rafael Núñez. Ed. A.B.C. Bogotá, 1951, pg. 29.

(49) Pérez Aguirre, A.: 25 años de Historia Colombiana: 1853-1878. Biblioteca Eduardo Santos, Vol. XVIII, Academia Colombiana de Historia, Ed. June, Bogotá, pg. 18, 1959.

había cedido a la inclinación natural que tienen los guerreros hacia el autoritarismo y la disciplina, y apreciaba con criterio fanático los fueros y prerrogativas del ejército; consideraba a la vez con suma desconfianza las ideologías y quimeras de los intelectuales de la época. Dotado de inteligencia natural innegable aunque no de aquella cualidad superior que infunde una visión dilatada de las cosas y permite concebir grandes planes, sino que se contrae a los aspectos secundarios de los hechos humanos y sociales, era un excelente organizador y un rígido cumplidor de sus funciones. Tenía don de mando y una especial capacidad para atraer a sus subordinados y hacerse amar y respetar de ellos. Sobresalía en todas las ocasiones y tareas que demandan sentido común, consumado dominio de los ejercicios corporales, rapidez en la decisión y tenacidad, más que meditaciones y conocimientos. Como muchos autoritarios, era a la vez un inconforme. Muchas veces en su vida asumió actitudes de protesta y rebeldía, sin discernir con claridad cuando eran justas u oportunas, pero inflamado siempre por aquel espíritu jacobino que la revolución francesa hizo soplar en América, y que tantos beneficios y tantos males a la vez ha producido entre nosotros. Engreído y arrogante, muy cuidadoso de su persona y del esplendor de sus uniformes e insignias militares, era un señor en el trato personal y sus modales fueron habitualmente correctos y gentiles; pero en las horas de exaltación se dejaba llevar por arrebatos de cólera, que lo exhibían como acre y descortés" (50).

(50) Lozano y Lozano C.: ob. cit. pg. 1079.

Esta es, pues, la dimensión del hombre que tuvo entre sus manos el destino del país por ocho meses y la posibilidad de cambiar sus más recónditas estructuras políticas. Desde un comienzo, quedó dicho, el general Melo se rodeó de los intelectuales de las Democráticas que le fueron fieles, con lo cual aspiraba a suplir sus deficiencias en el manejo de la cuestión gubernamental. De esta manera nombró Secretario General del Jefe del Gobierno al doctor Francisco Antonio Obregón, reputado en su comarca antioqueña como el fundador del liberalismo justamente con el doctor Favio Lince, y de experiencia oficial como que había sido gobernador de Antioquia y de Mompóx. Abogado de profesión, el doctor Obregón era el 17 de abril el más ágil dirigente de las Sociedades Democráticas y hombre de esclarecida cultura, que había consolidado en largas estadias en las Antillas y Europa, con particular estancia en Italia. Reputado como el autor intelectual del golpe de estado, el doctor Obregón gozaba además de extendida fama como hombre de principios y firmeza en sus actuaciones, por las que había sufrido destierro y prisión de nueve meses (51). A su nombre no ha hecho la historia merecida exaltación.

Para Secretarios del Gabinete, Melo nombró al doctor Pedro Martín Consuegra, jefe político de Cartagena, congresista y antiguo gobernador en su provincia, como Secretario del Interior y del Culto. El señor Lisandro Cuenca fue escogido para la Secretaría de Relaciones Exteriores, y no tenía otro mérito

(51) Arboleda, G.: ob. cit. Tomo IV. pg. 57-58.

que el de ser muy joven y activo en el cumplimiento de sus deberes. Otro empleado de la Secretaría de Guerra y Marina fue escogido para ese cargo, el señor Andrés Tejeiro. Estos dos nombramientos, extraídos de las capas medias sociales y de ninguna nombradía en los medios políticos denota la intención de Melo de relieves el trabajo de empleados modestos pero eficientes que merecían un encumbriamiento hacia las más altas dignidades oficiales. Para la Secretaría de Hacienda se nombró al doctor Ramón Ardila, poco antes gobernador de Pasto, hombre de conocida actuación democrática y posteriormente organizador y capitán de las milicias que defenderían al régimen.

Muy pronto se sumaría otro probado y consciente militante de la causa democrática, el antiguo editor de El Alacrán y ahora de El 17 de Abril, D. Joaquín Pablo Posada, hijo del general Joaquín Posada Gutiérrez y originario de Cartagena. Posada, que había nacido en 1825, pertenecía a la generación de jóvenes intelectuales que procuraba un viraje profundo de la ideología liberal hacia un socialismo de estado de amplia base popular. Ya vimos que a Posada se le puede calificar como el precursor de las ideas socialistas de izquierda en Colombia, ideología que por cierto le había hecho sufrir prisión en Bogotá, cuando sus biografías satíricas en verso, sus célebres "Camafeos", no eran del gusto de los políticos tradicionales. Su obra literaria justamente reconocida por críticos de universal aceptación como Méndez y Pelayo y nuestro Antonio Gómez Restrepo, ha servido en cambio para opacar su actividad intelectual como divulgador del socialismo. Murió

en la más exagerada miseria, en Barranquilla, en 1880⁽⁵²⁾. Una lectura a las primeras ediciones del periódico de Posada es un medio justo para comprender los propósitos iniciales del gobierno artesanal, que podemos compendiar en tres puntos, así:

- 1.—Convocar al pueblo, para que manifieste su voluntad sin interferencias de los políticos, los demagogos, los embaucadores y los prejuicios constitucionales.
- 2.—Castigar el monopolio y cobrar fuertes derechos a las mercancías extranjeras.
- 3.—Suprimir las leyes eclesiásticas que han dividido al pueblo en partidos.

Estos tres puntos principales se pueden deducir leyendo el editorial del periódico El 17 de Abril N° 3, titulado justamente "Convención Nacional" y que dice en algunos apartes: "¡La dictadura! Ese es el pretexto que han tomado nuestros adversarios para ponerse en armas, para tratar de ahogar el grito de los patriotas, para contrarrestar la indignación del Ejército y la desesperación de los pueblos.

Ese es el fantasma prestidigitador con que alucinan a los incautos... Nosotros somos libres, nosotros somos demócratas; nosotros no habríamos abandonado nuestros talleres, nuestro hogar, nuestras familias, por entregar nuestra soberanía a un solo hombre; no cambiaremos a ningún precio nuestro título de ciudadanos por el de súbditos; nosotros hemos empuñado las armas por el orden contra la anarquía; nos

(52) Ortega J. D.: Historia de la literatura colombiana. 2a. Ed. E. Cromos, 1935.

hemos unido a nuestros hermanos del Ejército, y a la par que ellos hemos gritado: ¡Abajo los demagogos! ¡Abajo los embaucadores! ¡Convención Nacional!

La constitución, la legitimidad, son palabras, son pretextos para engañar a los pueblos. No hay otra tabla de salvación que la Convención Nacional" (53).

Y el primer periódico, bajo el cariz de una parábola oriental, un poderoso Emir llamado OMEL, nombre variado de Melo, dice así en algunos de sus más sugestivos apartes:

"¡Musulmanes! Prestad atención a mis palabras. ¡Ulemas! Estampadlas en el fondo de vuestro corazón. Muy desgraciado el que las desprecia. Abomino la anarquía y el desorden; pero hay entre vosotros algunos mamelucos insensatos que se postran a adorar aquellos ídolos de sangre y exterminio.

Las leyes no son leyes, sino crímenes, y los musulines honrados, no doblan su cerviz delante del crimen.

Caiga pues la ley del matrimonio civil, porque los hijos de Dios no deben casarse sino según lo dispone el Corán, no en presencia de los visires sino en presencia de los ulemas.

Caigan las leyes que envilecen el sacerdocio, e impiden el culto del profeta. Caiga la ley en virtud de la cual los deudores, sin fé en el Corán, redimen por la mitad los censos que afectan sus propiedades.

(53) *El 17 de Abril. Bogotá, Nº 3, del 21 de mayo de 1854.*

Caigan la usura y el monopolio, y no gima el pueblo de hoy en adelante, envilecido y en miseria.

Cóbrese fuertes derechos a las mercancías que nos venden los pueblos infieles, para que no perezcan de hambre los hijos del profeta.

Abajo todas esas leyes inicuas, abajo la venta de tierras de los que pertenecen a las clases aborígenes" (54).

Ardila, Posada y Obregón, constituyen la vanguardia de la revolución de abril. Ellos van a servir para organizar a los artesanos en milicias, para dar la batalla de la pluma y para coordinar a escala interprovincial el implantamiento del régimen.

(54) *El 17 de Abril. Bogotá, Nº 1, del 7 de mayo de 1854.*

ORGANIZACION ECONOMICA Y
MILITAR DE LA RESISTENCIA

"Casi todas las fuentes de que hoy puede disponerse para narrar los hechos militares y políticos del 54 son de origen constitucionalista, producidas en el encono de las pasiones de la época y decididamente contrarias a Melo y sus amigos" ⁽⁵⁵⁾ decía el historiador Arboleda ante la dificultad para describir algunas facetas del gobierno melista. En estas condiciones es muy difícil sistematizar los principales cambios ocurridos durante este gobierno, y excepto la lectura de periódicos de la época, las demás fuentes que hemos consultado son provenientes de enemigos políticos del gobierno del 17 de Abril. Los historiadores de la época, Posada Gutiérrez y José Manuel Restrepo así lo fueron, y durante mucho tiempo los escritores de los dos partidos hallaron fácil procedimiento en cargar de improperios y vindictas este período de nuestra historia.

Hoy podemos dividir en dos períodos principales los ocho meses en que aproximadamente estuvo Melo con carácter de Jefe del Gobierno en Bogotá, desde el 17 de Abril hasta el 4 de Diciembre de 1854.

① El primer período es fundamentalmente político y económico: el general Melo hace todo lo posible por

(55) Arboleda, G.: ob. cit. Tomo IV, pg. 127

consolidar su poder primero en el territorio de su antigua comandancia y luego en el perímetro nacional, mientras simultáneamente procuraba activar el tesoro público mediante exacciones o empréstitos forzosos.

El segundo período es fundamentalmente militar: el general Melo acude a las fuerzas armadas y a las milicias democráticas para defender el poder de la gran coalición de fuerzas liberal-conservadoras. Un momento crucial se puede fijar alrededor del 20 de mayo, día en que las dos fuerzas entran en combate en la ciudad de Zipaquirá, pero aunque Melo obtuviera brillante triunfo militar es lo cierto que empezó una política defensiva que lo hizo replegar dentro de los límites de la Sabana de Bogotá.

El 18 de abril el general Melo se proclamó Jefe Supremo del Estado. Melo no irá a usar el título de Presidente, porque era perfectamente consciente de que si quería cambiar la mentalidad política de los neogranadinos no necesitaba de un rótulo constitucional o que implicara procesos electorales. En esto fue Melo consecuente con el tipo de su gobierno, y si usó varios nombres desde su alta investidura todos fueron dentro de esta misma concepción. Ese mismo día organizó su primer gabinete y creó el Consejo de Estado, formado por las cuatro secretarías y él mismo, para un total de cinco. Igualmente ordenó por un decreto orgánico de la fecha que el Jefe del Gobierno Central ejercería de acuerdo con las funciones asignadas al Presidente en la Constitución del 20 de abril de 1843, que como es sabido, otorgaba más amplios poderes al Ejecutivo. Reorganizó también el sistema de administración de las

provincias al designar gobernadores y alcaldes por sistemas centralistas, y dispuso que la justicia fuera ejercida por la Suprema Corte de tres ministros y un fiscal, por los Tribunales de Provincia, dos o tres ministros y un fiscal y por los jueces cantonales de primera instancia.

Algunos artículos de este decreto orgánico incluyen ya algunas reformas más profundas: el 14 dispone la libertad de oficio o profesión, "quedado, en consecuencia, abolidos todos los monopolios"; el 16 ofrece garantías a los extranjeros, "siempre que respeten las leyes, decretos vigentes y las autoridades constituidas" y el 17 declara que el gobierno sostiene la religión de los colombianos.

Al día siguiente, el 19, el Consejo de Estado instituye las exacciones, llamadas *derrames* en el léxico administrativo del siglo XIX. El gobierno reúne con carácter urgente a los comerciantes y prestamistas, a los dueños de haciendas, a los propietarios de finca raíz, y les solicita apoyo voluntario a un empréstito por 100.000 pesos, para sostener las obras sociales de la nación y mantener el orden público. Ilustra mucho el hecho de que solo dos días después de asumir el mando de la nación el señor Restrepo apunte en su diario:

"Todos los que tienen algo que perder están alarmados por sus propiedades y sus temores se fundan en los ofrecimientos que se han hecho a los democráticos y en las doctrinas que se les han inspirado de que los bienes son comunes" (56).

(56) Restrepo, J. M.: ob. cit. Tomo IV, pg. 372.

El 24 de abril se decretan nuevas exacciones, por que la solicitud voluntaria del 19 no surtió efecto, ya que apenas se consiguieron 10.000 pesos. Las de este día llegan a 490.000 y el gobierno las anuncia como obligatorias, señalando para algunos sumas de 10.000 ó 12.000 pesos. La actitud de los comerciantes de Bogotá, especialmente de los importadores de géneros extranjeros y prestamistas, es de irritación y desconocimiento de las órdenes oficiales. Sus actividades se vuelven completamente conspirativas. Ya veremos en otro capítulo las acciones que tienen ciertas embajadas en este asunto.

El 26 se ve obligado el gobierno a erigir un Tribunal Revolucionario⁽⁵⁷⁾ y el 2 de mayo se conoce un bando en que dispone "que los ciudadanos entre quienes se repartió el empréstito forzoso del 25 del corriente que no hayan consignado el todo o parte de la suma que les corresponde, sean considerados como disidentes y sujetos a las penas establecidas por decreto del 26 del corriente sobre conspiraciones".

La lucha ideológica comienza el 7 de mayo con la aparición del primer número de *El 17 de Abril*, dirigido por Joaquín Posada. Allí se publicará desde el tercer número (21 de mayo) un documento de educación política masiva, llamado el "Catecismo Político de los Artesanos y Campesinos", en donde se enseña al pueblo cómo responder a las muchas cuestiones que harán los contrarrevolucionarios sobre la dictadura y sobre el apoyo de las Democráticas a sus planes. Sin la menor evasiva, con

(57) Restrepo, J. M.: ob. cit. IV, pg. 379.

gran realismo, a veces con crudeza y sectarismo, las preguntas y respuestas sobre los líderes de la oposición se suceden con nombres propios, citando a Herrán, Mosquera, López, en fin, a los políticos gólgotas y conservadores que embaucaban al pueblo con sus teorías y no les proporcionaban salud y sustento⁽⁵⁸⁾.

En esos días hay un reforzamiento del gobierno, evidente no sólo por la aparición del periódico de Posada sino porque Ardila, quien desempeñaba la Secretaría de Hacienda, es promovido a la del interior; se nombra tesorero general a José Vallarino y asume el control militar de Bogotá el general piedecuestano José María Mantilla, muy acreditado como radical y amigo de las Democráticas. El mismo doctor Ardila es designado "teniente coronel de milicias", y estará encargado de vigilar el reclutamiento de civiles en armas.

Finalmente, una nueva solicitud de empréstitos se hace conocer el 18 de mayo. Aparece publicado en *El Repertorio*, periódico oficialista de Bogotá, y se eleva a 26.325 pesos de 8 décimos. Como en listas anteriores, figuran comerciantes, hacendados, prestamistas. Unos hombres nos servirán de ejemplo: José María Gómez, Raimundo Santamaría, Fernando Nieto, Andrés Caicedo, los hermanos Villafrade, Carrizosas, Pardos, Cuervos, Quijanos, Carrasquillas, Lorenzanas, Ricaurtes, Mier, Márquez, Urbina, Bordas, Michelsen.

Publica también este periódico una relación del estado en que se encuentran los centros de benefi-

(58) *El 17 de Abril*, N° 3, 21 de mayo de 1854.

cencia. Una curiosa carta dirigida al Gobierno de la Provincia se quejaba de que en la Casa de Refugio o asilo de alienados había 65 personas que no habían podido comer ese día. Igual súplica elevaron el señor Antorveza, síndico del Hospital y el doctor Silva, director del presidio ⁽⁵⁹⁾.

Para conjurar ese déficit de tesorería el gobierno apremiaba a los hombres de capital, no sin antes hacerles ver la imperiosa necesidad de asistir a las personas urgidas de atención pública y de colaborar en el mantenimiento de la justicia social.

Sabedor el general Melo de las actividades contrarrevolucionarias que se organizaban desde la legación americana en donde estaba asilado el Vicepresidente Obaldía y desde Ibagué, lugar a donde había emigrado el gobierno constitucional, activa la organización de su tropa: 2.000 soldados y 1.000 milicianos constituyen su ejército, siendo estos últimos en su mayoría artesanos, que según el testimonio de Restrepo, "siempre se han distinguido como buenos infantes" ⁽⁶⁰⁾. En estas condiciones, se ve forzado el general a enfrentarse a las tropas que se organizaron desde Ibagué, con los militares desafectos al régimen, campesinos reclutados a fuerza y algunos jóvenes que salían en exilio voluntario de Bogotá, por lastimar sus intereses o los de sus familias.

El encuentro más importante, en cuanto al gobierno central se refiere, se produce el 20 de mayo en Zipaquirá y en Tíquiza, con tropas dirigidas perso-

(59) *El Repertorio*, N° 80, 18 de mayo de 1854.

(60) Restrepo, J. M.: ob. cit. Tomo IV, pg. 394.

nalmente por Melo contra las de Tomás Herrera. Sufre un tremendo descalabro el ejército Constitucionalista, y de allí en adelante hasta la pérdida de Bogotá en diciembre, el general Melo tendrá dominio absoluto de la situación. Sin embargo es notable el hecho de que Melo no se aprovechara de esta circunstancia, y optara por asegurar la estabilidad del gobierno central mientras organizaba el poderoso "Ejército Regenerador", a mediados de agosto.

Militarmente se ha considerado un error táctico de Melo no apoderarse de Honda; en esa época la llave de la capital y salida al río Magdalena, aprovechando el auge de su campaña y las victorias del 20 de mayo. Al revés, Melo no persiguió al enemigo herido sino que, perdiendo movilidad, se estacionó en Facatativá incomprensiblemente, tal vez interesado solo en su plan organizativo del Ejército Regenerador, error que a la postre le hizo perder la iniciativa estratégica de la resistencia.

Durante los meses de junio y julio los constitucionalistas van a tener una guerrilla permanente en los alrededores de la Sabana, que hostiliza al ejército central y le impide movimientos, mientras se organizan los Ejércitos del Norte y del Sur, dirigidos respectivamente por Mosquera y López al servicio del gobierno provisional de Ibagué. En las refriegas promovidas por el coronel Corena al mando de 200 guerrilleros en las cercanías de Usaquén, muere uno de los más importantes agitadores democráticos, Camilo Rodríguez. Se podrá ponderar la fama adquirida por Rodríguez en la organización de los artesanos con las exclamaciones de Restrepo: "Se ha te-

nido la fortuna de que falleciera Camilo Rodríguez. Este criminal, esbirro y famoso ladrón de las haciendas y de cuantas propiedades estaban a su alcance ha muerto a gusto de toda la población. Esperamos que Dios justiciero castigue a los demás criminales de la misma ralea y que les dé tiempo para arrepentirse de sus delitos"⁽⁶¹⁾. Y en una situación semejante, cuando hieren mortalmente al zapatero José Vega, Restrepo escribirá: "su muerte es una fortuna para Bogotá y también lo será la de Joaquín Posada si falleciera".

Los constitucionalistas, por su parte, se ven precisados a ordenar derrames dentro de las zonas en que ejercen algún dominio; pero esta vez encontrarán generosas donaciones, a cambio de bonos del estado o papeles de garantía. El congreso de Ibagué ordena coleccionar 620.000 pesos, y otro tanto hará López en Cali para recabar 10.000 pesos ⁽⁶²⁾.

A su vez, el gobierno central, hace esfuerzos extraordinarios por aumentar sus rentas, consistentes en la producción de las Salinas de Zipaquirá, Nemocón y Tausa, en los impuestos de Aduana y en el papel sellado. Antes de la revolución se producían 20.000 pesos mensuales en sal, pero el nuevo ritmo de trabajo hace aumentar la producción a 60.000 pesos mensuales. Esta circunstancia se considera como un éxito para la revolución y contraría a los de Ibagué. Además, el gobernador Beríñas, crea nuevos impuestos al comercio exterior y aumento de aduanas para algunos productos agrícolas. En octubre 26 el

(61) Restrepo, J. M.: ob. cit. Tomo IV, 409.

(62) Arboleda, G.: ob. cit. IV, pg. 120.

gobierno cumplirá con los artesanos al gravar fuertemente todas las industrias y todas las importaciones, exceptuando a las artesanías nacionales colocadas en niveles preferenciales, creando una especie de impuesto al patrimonio, para tierras, y semovientes y exportaciones del tabaco.

Ya quedó dicho que para mediados de agosto se habían formado los dos ejércitos contrarios. Mosquera, conservador, había organizado el del Norte. Había sido llamado con urgencia de Estados Unidos, y sus gestiones personales y las de su casa comercial habían sido un factor decisivo para la adquisición de fondos y armas para el ejército constitucionalista. Logró un empréstito exterior de 100.000 pesos; facilitó dineros a los señores Triana y Corredor, agentes del gobierno de Ibagué, para viajar a los Estados Unidos y bajo las garantías y letras de su próspera casa de comercio pidió fusiles a Curazao y Jamaica; fletó un buque, el *Estrella*, a la Powles and Co. para controlar el río Magdalena y asegurar el suministro de armas y fondos al interior y organizó cuidadosamente la invasión del país desde la Costa. Por el Pacífico, López, liberal, organizaba el Ejército del Sur, servido por los dineros que Mosquera enviaba por el puerto de Barbacoas y las armas que traerían Triana y Corredor: 3.700 fusiles, 600 rifles de un tiro, 100 rifles de un tiro, 100 rifles de 6 tiros, dos cañones de montaña, gran cantidad de pólvora y munición, todo por un valor de 20.713.13 dólares, suma igual a 21.576.17 pesos granadinos de ocho reales, dinero totalmente erogado por las firmas de Herrán y Mosquera, con la ayuda crediticia de la firma Santamaría y Uribe, de

Liverpool ⁽⁶³⁾. Para coordinar la acción de los dos ejércitos una vez se encontraran en Bogotá fue llamado de Estados Unidos el ex-presidente Pedro Alcántara Herrán.

Nos servimos una vez más de una fuente conservadora para especificar el carácter de los ejércitos enemigos: *"la juventud ilustrada, o mejor dicho, todos los jóvenes que no son del pueblo, combaten la revolución y se han ido al territorio constitucional, sufriendo mil privaciones y caminando a pie en países ardientes. Lo mismo han hecho casi todos los militares y amigos del orden, habiendo en el bando constitucional 14 generales y muchos coroneles. La guarnición de Bogotá y los democráticos de la capital junto con todos los hombres perdidos son los apoyos de Melo y compañía. Auxiliado por estos elementos y por los parques de que se apoderó es que ha formado un ejército respetable que costará mucha sangre develar... No hay duda que Melo tiene aptitud para organizar tropas"* ⁽⁶⁴⁾.

Durante el mes de noviembre se ultiman los detalles estratégicos de las acciones por venir. En provincia se han presentado reñidos combates ante el avance de las tropas del Norte y el Sur. La principal oposición se ha encontrado en Pamplona, Bucaramanga, Vélez y Tunja. Por el Sur la toma de Cali ha sido difícil, así como la zona de Tequendama. Melo lanza el 2 de diciembre una proclama al terminar sus preparativos de defensa de Bogotá llaman-

(63) Arboleda, G.: ob. cit. Tomo IV, pg. 167.

(64) Restrepo, J. M.: ob. cit. Tomo IV, pg. 441.

do anarquistas y retrógrados a Herrán, Mosquera y López y dando su consigna final: "morir antes que ser vencidos".

La más importante acción de armas para derribar el gobierno de Melo tiene lugar en Bogotá, desde los días 24 de noviembre en que empieza una acción de cerco sobre la Sabana hasta la batalla urbana por la toma de la ciudad, los días 3 y 4 de diciembre. Melo tiene de 3.700 a 4.000 soldados; López del ejército del Sur, 4.876 soldados más las guerrillas de Soacha y Mosquera, del Norte, 4.388 soldados. En total, son 9.264 soldados, de los cuales 8.500 son tropas de infantería y 1.100 de caballería, tropa que obedecería al general Herrán como Comandante en Jefe.

La lucha se inicia al estrechar el cerco el ejército constitucional. Melo y Diego Castro reparten sus tropas para defenderse por la derecha y la izquierda, respectivamente. Pero Melo que conoce la capacidad de los ejércitos enfrentados, sabe que la lucha fuerte se hará dentro del perímetro urbano. Rechaza gestiones pacificadoras de algunos diplomáticos venidos de Ibagué, y se apronta a resistir al máximo. Una lucha difícil de todas y cada una de las calles de Bogotá, que describen con emocionado detalle los cronistas de la época, otorga el triunfo a la gran coalición de tropas, como era de preverse. Junto con Melo caen presos una gran cantidad de democráticos, casi mil, 500 de ellos artesanos de Bogotá. Han sido fieles hasta el último minuto. Cae gravemente herido un luchador contra las casas monopolistas extranjeras, el zapatero José Vega. Gravemente herido queda el director de *El 17 de Abril*, Joaquín Posada.

Muere el valiente herrero Miguel León, uno de los democráticos comisionado para entrar en conversaciones con Obando. El doctor Obregón queda prisionero. ¡La clase artesanal fue fiel hasta el último momento de la lucha! ¡No cabe duda sobre el carácter social de la dictadura, muy lejos en verdad de haber sido el golpe de una camarilla militar!

El anuncio oficial de la victoria constitucionalista demuestra hasta la saciedad la clase social de los vencedores, los gólgotas, los "cachacos", los prestamistas, los importadores, los profesionales, los militares politiqueros. El doctor P. Ospina, jefe conservador del norte cundinamarqués y ahora secretario del gabinete triunfante leerá:

"Ayer por la tarde, han tomado la capital de la República los ejércitos del Sur y del Norte, después de un combate de dos días, en que han mostrado los bandidos una obstinación propia solo de los filibusteros, pues privados de toda esperanza, su resistencia no tenía otro objeto que el de hacer el mal. Nunca había presenciado la capital un espectáculo más digno de la República ni más lisonjero para el que ha deseado fincar una esperanza en el porvenir de su patria. Diez mil ciudadanos armados han ocurrido voluntariamente de todos los puntos de la República a restablecer el orden constitucional; jamás había visto la ciudad un ejército tan numeroso, ni un ejército tan republicano. Los antiguos generales de la independencia lo dirigen, y los leales jefes y oficiales de la República tienen en él su puesto; pero la gran masa del ejército no está formada sino de guardias nacionales, y sus jefes y oficiales no llevan, en general, otro distintivo que su tahalí y su

espada sobre su casaca negra o su blusa de campaña. Es un ejército de propietarios, de industriales, de comerciantes, de abogados, de estudiantes, de individuos de todas las profesiones honrosas que se conocen en la República, de todos los antiguos partidos políticos, de todas condiciones, de todas edades" (65).

Las señoras de la sociedad de Bogotá se apresuraron a ofrecer el 18 de diciembre una misa en Santo Domingo, antes de dar de baja a las tropas, que ya estorbaban en la ciudad. "Asistieron los miembros del poder ejecutivo", e hizo la oración el P. Cancino, quien atribuyó conforme a un texto del libro de Tobías, "nuestra esclavitud a pecados que habíamos cometido, y nuestra libertad y restauración, a la Divina Providencia" (66).

Los extranjeros residentes en la capital, para no quedar atrás, dieron en la noche de ese mismo día "un espléndido ambigú como testimonio de respeto al gobierno y de consideración a los jefes del ejército constitucionalista. Hubo muchos brindis, que duraron hasta las siete y media de la noche, sin que hubiera disgusto alguno".

Naturalmente que en ese ambigú no podían presentarse disgustos. Se había reconquistado la libertad de los comerciantes, los prestamistas, los importadores de géneros que arruinaban la industria criolla; los extranjeros recobraban su libertad de acción, los "gólgotas" podrían entregar el poder a los con-

(65) Arboleda, G.: ob. cit. Tomo IV, pg. 228.

(66) Restrepo, J. M.: ob. cit. Tomo IV, pg. 523.

servadores hasta que Mosquera se hiciese liberal para recobrarlo, los hombres ilustrados, buenos de alma, fortuna y linaje, habían conquistado su libertad, habían ya padecido esclavitud por sus pecados y se aprestaban a gozar de las ventajas de la tierra para los escogidos, mientras quedaba por siempre jamás postergada la esclavitud que deparan los pueblos rebeldes, los artesanos incultos, los agitadores comunistas y los demás "hombres perdidos".

A los defensores de la constitución se les pagaría con documentos de crédito que los agiotistas, maravillosamente bien provistos con fondos de casas comerciales nacionales y extranjeras, "estuvieron prontos a comprar con fuertes descuentos, teniendo muchos de ellos motivo para bendecir la revuelta porque les proporcionó pingües utilidades" ⁽⁶⁷⁾.

(67) Ortiz, V. Citado por Arboleda, G. ob. cit. IV. 232.

Hacia 1854, la política continental de Estados Unidos estaba caracterizada por la consolidación de su expansión territorial a costa de los países latinoamericanos. En 1843 había logrado la fementida creación de la República de Texas, con un gobierno pelele que muy pronto se anexaría a la Unión; en 1849 se había anexado al extenso territorio de las Californias y en 1853 había usurpado a México la zona de la Mesilla, vía importante de comunicación y comercio entre las dos costas oceánicas.

Asegurada la "etapa mexicana" de la expansión territorial yanqui merced al poinsettismo, se abría hacia las Antillas y el sur del continente un enorme territorio constituido por países débiles, frecuentemente divididos en partidos que se enfrentaban en guerras civiles, situación propicia para desarrollar la "etapa bananera" durante la segunda mitad del siglo XIX y la "operación Panamá" a comienzos del XX.

El largo camino entre las costas americanas se acortaría con el canal inter-oceánico, evitando la peligrosa y difícil travesía por el Oeste. Además, los pacientes y lentos trabajos que había realizado Colombia para lograr comunicación férrea a través del Istmo estaban en plena culminación, y la compañía

administradora del ferrocarril había anunciado su inauguración para 1855. Se habían iniciado también las conversaciones para la apertura del canal, por parte de Colombia, mientras Estados Unidos haría lo posible y lo imposible por abrir un canal por Nicaragua, recurriendo a los más violentos procedimientos como fue la acción del aventurero William Walker, reconocido por momentos como "Presidente" de Nicaragua.

La Nueva Granada había firmado con Estados Unidos un tratado, el 12 de diciembre de 1846, en donde se especificaba nítidamente la autoridad colombiana sobre Panamá, pero paradójicamente se le constituía, en el artículo 35, en garante de lo que era positivamente un derecho soberano indiscutible. El presidente Buchanan y el Secretario del Exterior Cass hicieron en 1857 declaraciones igualmente claras para las partes, en el sentido expreso de que Estados Unidos garantizaba la soberanía territorial de la República del Istmo.

Simultáneamente a esta inquietud territorial sobre Panamá, Estados Unidos deseaba por esta época una concesión de navegación por el río Amazonas y ríos afluentes, que trataba de obtener primeramente de Brasil y después de los demás países tributarios. Las cartas confidenciales de D. Miguel M. Lisboa, ministro del Brasil al Dr. Lázaro María Lleras, secretario de Relaciones Exteriores de Obando en 1853, son un testimonio de estas presiones. El Sr. Lisboa le escribe a Lleras para "avisarle que los yankees están intrigando en este negocio del Amazonas con una acti-

vidad increíble. Han hecho todo lo posible por obtener la alianza de los ingleses" (68).

No se puede precisar qué pensaban en los Estados Unidos sobre el gobierno del general Melo, ni cómo debían llevar sus negocios con esta nueva administración. *Pero lo cierto es que en la práctica no hubo el más elemental entendimiento. Desde la legación de los Estados Unidos en Bogotá se propició descaradamente la contrarrevolución, la guerrilla, el armamentismo de las tropas constitucionalistas, el encubrimiento a prestamistas y comerciantes solicitados por la justicia, la ocultación de capitales y la ingerencia más pública sobre el desarrollo de la política interior del país, como talvez no se efectuaría en otras épocas.*

Esta ingerencia se inicia el propio 17 de abril, cuando el vicepresidente Obaldía solicitó y logró asilo en la legación americana, a cargo de Mr. James S. Green.

121 Durante los primeros quince días posteriores al golpe de Estado, la legación de los Estados Unidos se va a convertir en el refugio de todos los dueños de casas comerciales que acuden allí con sus capitales, en parte para dejar a buen recaudo sus depósitos y en parte para eludir los decretos del gobierno que iniciaban los empréstitos o "derrames". El 26 de este mes escribía el Sr. Restrepo, en relación con estos empréstitos: "muy pocos serán los que pagan, porque

(68) Soriano Lleras, A.: Lorenzo María Lleras, ob. cit. pg. 138.

desde temprano se han asilado en casa de los ministros extranjeros los capitalistas más gravados" (69).

Y más adelante para referirse a la actividad política del vicepresidente Obaldía desde la legación norteamericana dice: Obaldía "no se está quieto en su asilo, y dicen que se halla en comunicaciones frecuentes con el general Herrera y con otros jefes de la nación constitucional. Tememos que por esto se quiera allanar la casa de la legación americana, que antes era una fonda; pero que el señor Green ha dicho que ahora le corresponde en su totalidad. Parece que Berínas (*el gobernador de Bogotá, GV*) se lo ha preguntado hoy verbalmente y ha recibido la mencionada contestación. En la casa del Sr. Green hay muchos asilados, para libertarse de las tropas que han tenido de los revolucionarios porque no dan dinero o por otros motivos" (70).

Todavía el 14 de mayo Obaldía continuaba su actividad contrarrevolucionaria con el patrocinio norteamericano. Las cartas de Obaldía promoviendo actos contra Melo corren de mano en mano por la ciudad y el interior. El gobierno se queja frecuentemente por estas tolerancias de la bandera americana hacia sus asilados, pero solo se obtiene que, por respuesta, una comisión de diplomáticos visite a Melo pidiéndole que no vaya a allanar las representaciones extranjeras. Así lo promete el general y así cumplirá, mientras esas casas sean sedes diplomáticas. Según nuestro historiador, los hombres del gobierno están muy

(69) Restrepo J. M.: ob. cit. Tomo IV, pg. 378.

(70) Restrepo J. M.: ob. cit. Tomo IV, pg. 382.

irritados con Obaldía "porque les hace la guerra de papeles y promueve por cuantos medios están a su alcance la contrarrevolución" (71).

El 16 de mayo, a un mes de iniciada la revolución militar-artesanal, siguen llegando asilados a la legación americana. Pero no son gentes del pueblo, empleados, profesionales o militares; son comerciantes importadores de géneros ingleses, americanos o europeos; en esta fecha se refugian, por ejemplo, José María Sáenz y Ruperto Restrepo, dos adinerados prestamistas, porque el gobierno les solicita en préstamo 2.000 pesos a cada uno. Es decir, que quienes vivían del agio cuando los bancos escaseaban, se resisten a entregar dineros al gobierno como medio de coersión política y económica.

El gobierno empieza a perder la paciencia con estas actividades contrarrevolucionarias hechas en sus propias narices. En la noche del 22 de mayo rodea la casa de Mr. Green, donde se asila Obaldía. La razón es gravísima: una carta suya es interceptada y sirve de prueba para demostrar al cuerpo diplomático la conducta de los asilados en la embajada yanqui. En esa carta, cuya incautación por el gobierno preocupa grandemente a los constitucionalistas, se imparten instrucciones a los guerrilleros que bajo las órdenes del coronel Corena inician operaciones en los límites de la Sabana. La actividad guerrillera de Corena tiene especial significado para Melo, porque este coronel había pedido poco antes del 17 de abril la remoción del general Melo de su comandancia

(71) Restrepo J. M.: ob. cit. Tomo IV, pg. 391.

con el pretexto de la muerte del cabo Quiróz, pero Obando, una vez estudiado el caso, había dado de baja a Corena.

Una nueva carta interceptada el 1º de junio, de Obaldía para el general Julio Arboleda, carta que lo compromete demasiado, obliga al gobierno a tomar medidas, no tan drásticas sin embargo como era de esperarse. El Secretario de Relaciones Exteriores, Lisandro Cuenca, escribe a Green, le dice que Obaldía conspira contra el gobierno desde su casa y solicita su entrega porque debe someterse al régimen estatuido para los conspiradores y por tanto no merece ni del derecho de asilo ni del trato protector de la legación americana.

"El señor Green contestó que habiendo manifestado en su presencia el señor Lisandro Cuenca que el gobierno provisorio estaba dispuesto a dar al señor Obaldía pasaporte y escolta para que marchara al campo constitucional, no comprendía cómo les causaba tanta alarma una carta del mismo, a quien consideraban tan poco temible personalmente: que el señor Obaldía había sido dejado en libertad el 17 de abril, y que de consiguiente tenía derecho para escribir a sus amigos, aunque el gobierno provisorio lo tuviera también para quejarse del contenido de la carta interceptada: que había circunstancias especiales que disminuían la gravedad de la falta del señor Obaldía; y que la legación pondría especial cuidado en que no se repitiera por alguno de los asilados el acto que causaba aquel reclamo" (72).

(72) Arboleda, G.: ob. cit. Tomo IV, pg. 61.

El efecto de este cruce de cartas se puede apreciar por los comentarios de Restrepo cuando informa que Obaldía "no tiene bastante circunspección para hablar y escribir en circunstancias tan delicadas como las presentes". Pero el señor Green sabía a ciencia cierta de las consecuencias funestas que podría precipitar su interesada defensa de Obaldía. Ese mismo día primero de junio cambió intempestivamente de casa, pasándose a la contigua junto con los asilados, los dineros, Obaldía y el pabellón de las estruallas y las barras. Tan pronto fue arriada la bandera americana tomaron posesión de la casa Obregón, Berifias y otros más, pero ya era tarde: ni siquiera unos baúles pertenecientes al señor Agustín Defrancisco que el gobierno deseaba incautar estaban en el caserón que daba frente al Colegio del Rosario.

Las excesivas provocaciones e ingerencias del señor Green hacen que el Secretario Mercado dirija el 11 de junio una carta a todas las legiones extranjeras, demandando neutralidad, acato al derecho de gentes y renunciamento a esa política imperial que observaban si no querían un incremento de la animadversión pública hacia ellos.

La carta del Secretario del Interior Ramón Mercado tiene el siguiente aparte, que tomamos directamente de *El Repertorio*: "Para afianzar aquellas relaciones, el gobierno del infrascrito vería con agrado que S.S. se tomara la pena de advertir a los súbditos de su nación el sagrado deber en que se encuentran de no mezclarse de modo alguno en la presente contienda, que trae divididos a los granadinos, y que observen la neutralización que cumple a ex"

tranjeros que encuentran en la Nueva Granada, una graciosa acogida, seguridad y protección a sus personas e intereses y medios para acrecer éstos. Bien comprende el infrascrito que S.S., se ha anticipado ya a esta demanda; pero al acceder S.S. a ella verían los nacionales que los extranjeros también tienen que llenar los deberes que le imponen el derecho de gentes y que una conducta estrictamente imperial acallará todo pretexto de desconfianza o animadversión hacia ellos" (73).

En esta misma fecha el señor Obaldía sale de la Embajada Americana y se asila en la de S. M. Británica, a cargo del señor Carlos O'Leary. A la semana siguiente los dos ministros extranjeros visitan a Mercado y le piden nuevamente salvoconducto para Obaldía. Mercado exige ciertas condiciones a las que no acceden los ministros inglés y americano. Pero más tarde le permite ir a cualquier parte si declara que no estuvo preso, como era evidente. Obaldía lo declara, llega a Ibagué el 4 de agosto, asume la presidencia y confirma el gabinete.

Pero el 24 de junio el Ministro de Estados Unidos anuncia que se irá también de Bogotá. Los problemas con sus asilados lo tienen abrumado y opta por cerrar su legación. Salen de allí algunos de los asilados, entre ellos los señores Sáenz, Restrepo y Uribe que van directamente a la embajada venezolana. El 27 se va Green aparentemente a Panamá "a arreglar una cuestión" y es remplazado por el Cónsul, Mr. Bennet. En realidad, y su actitud lo

(73) *El Repertorio*, Bogotá, N° 81, 7 de agosto.

explica todo, el señor Green se dirige hacia Ibagué, lugar en donde el gobierno constitucional tenía reunido su congreso y su estado mayor. El 17 de Abril registra el viaje de Green a Panamá con verdadero regocijo y dice que la cuestión que tenía divididos a los granadinos ganará mucho con la marcha de este hombre que había intervenido con tan enorme descaro en nuestras disputas domésticas.

Buen conocedor del medio en que actúa escribe desde Honda el 2 de agosto al gobierno de Ibagué para manifestarle que lo reconocía como constitucional y para ofrecerle el cultivo de las más cordiales relaciones (74). Tan pronto llega a esa ciudad, sin imponerle su calidad de extranjero y diplomático, publica hacia el 18 de agosto, una protesta contra Melo y demás autoridades del gobierno central. Mientras tanto, un enigmático personaje, Alejandro Soto, de Medellín, viaja con el pasaporte de Green hacia Cartagena, en donde es descubierto. Se le encuentran cartas de Obando y Melo, según dicen las autoridades, pero hasta ahora no se sabe de quién era espía ni cuál era su misión.

Las muchas ingerencias de Mr. James Green han agotado la paciencia del gobierno y de las Sociedades Democráticas. No obstante sus actividades contrarrevolucionarias y no obstante tener el gobierno plenos informes de gran cantidad de armas provenientes de Estados Unidos para aplastar al gobierno, como las llegadas a Sabanilla en buques americanos un mes antes de parte de las casas comerciales de

(74) Arboleda, IV, pg. 147.

Herrán, Santamaría, Mosquera y Uribe, le permite su permanencia en el país en actividades conspirativas, sirviendo de enlace entre los ricos de Bogotá y los contrarrevolucionarios del resto del país, en abierta violación de los tratados diplomáticos y en franco abuso de su inmunidad.

Sus malos antecedentes no evitan, sin embargo, que Mr. Bennet increpe duramente la vigilancia que tropas melistas prestaban a la legación americana, ahora bajo su cuidado, y se forme por tal motivo un alboroto en la capital. Ante el anuncio de nuevos derrames, el gobierno había destacado guardias especiales para la legación previendo el asilo que se procurarían los capitalistas. Estos altercados sucedieron el 28 de septiembre, pero prontamente retornó la calma.

Sin embargo algo semejante se presentaría el 16 de noviembre, pero con mayores consecuencias. Un súbdito inglés, un señor Logan, de quien el gobierno sospechaba como encubridor de la fuga de varios conspiradores, dueño de la casa de la legación americana, fue capturado por una comisión de milicias democráticas. El señor Bennet, aparentemente más impulsivo que el propio señor Green, se abalanzó sobre el pelotón y les arrebató al señor Logan, introduciéndolo al interior de la legación. La tropa miliciana no se resiste más y dispara contra la legación cerca de diez balazos. Sabedores de este suceso, los ministros de Francia, Venezuela y Gran Bretaña acuden ante Melo para protestar por los disparos contra una representación soberana, pero no obstante su atrevimiento el doctor Mercado los recibe con muestras de cortesía e interés en conocer el asunto. Al

salir de la reunión los ministros extranjeros encuentran que gran público los espera para abuchearlos, acaudillados por un miliciano, el zapatero José Vega, quien los increpa fuertemente y dice que "se debe acabar con los pícaros extranjeros que tan cruda guerra hacían a la revolución" (75). Vega, dentro de su exaltación, ofende al ministro francés señor Goutry y empistola al ministro venezolano. La intervención de Mercado sirve para aplacar la reacción popular y todo vuelve a la tensa calma de los días anteriores.

Cuando el cerco del ejército constitucional se aprieta sobre Bogotá, el 28 de noviembre el cuerpo diplomático ensaya sus capacidades buscando un avenimiento con el Gobierno. Las buenas gestiones de Green entre los constitucionalistas han logrado que los embajadores visiten ambas partes, para buscar una fórmula en que Melo abandone la Jefatura del Estado y Mosquera y López entren a Bogotá sin combate. El Secretario General de Melo, Pedro Martín Consuegra, les responde con gran dignidad que el oficio de una revolución es sostenerse por sí misma sin participación de extraños, y que las proposiciones las debe hacer el gobierno constitucional, que al menos tiene mando en zonas del país y está en manos nacionales. Naturalmente, las gestiones diplomáticas fracasan y se sucede la toma de Bogotá por la fuerza, con el resultado conocido.

Tan pronto cayó el gobierno revolucionario del general Melo el cuerpo diplomático se dió a la ta-

(75) Restrepo, IV, 495.

rea de preparar un agasajo a los legitimistas. El 18 de diciembre pusieron manteles para el ambigú. El regocijo no era para menos. En el concepto legitimista los extranjeros se habían portado bien y habían preservado no solo sus propios negocios y los de las casas que representaban, sino que habían prestado generosa atención a los amigos granadinos que se habían acogido a su hospitalidad o les habían dado la felicidad de un gobierno en un todo de acuerdo con las leyes, respetuoso de sus negocios, mejor, él mismo accionista de sus negocios. Los señores Green, Mosquera y Herrán, Restrepo, Goury y Sáenz, en fin todos los hombres "progresistas" del país y socios fieles y cabales habían cumplido bien su oficio. No importa que al año siguiente un criminal como William Walker, públicamente defendido por el Secretario de Estado yanqui W. I. Marcy, tocara tierra panameña y propiciara el desorden conocido como "la tajada de melón". Una excusa diplomática, tal vez una visita colectiva al señor Presidente y nada más.

Entre tanto, vigilando la vida, honra, bienes e intereses de sus súbditos, con esa previsión histórica que es muy eficiente cuando se trata de países débiles, el gobierno de Washington había ordenado desde el comienzo de la dictadura artesanal la permanente vigilancia de nuestras costas por el vapor de guerra "Decatur", remplazado en septiembre por otro mejor tripulado y pertrechado, el "Massachusetts".

Cuando el 1º de abril de 1855 había asumido la presidencia Mallarino y había designado Secretario de Relaciones a Lino Pombo, dirigió este funciona-

rio, solo dos días después de su posesión, una circular a los gobernadores sobre la "espléndida recompensa" y la manera de que ahora en adelante se llevarían las relaciones entre los comerciantes extranjeros y los nacionales.

"Por falta de la debida atención en algunas autoridades —dice Pombo—, así del ramo ejecutivo como del judicial, a los principios del derecho de gentes, a los tratados públicos y a la legislación del país, que cumplidamente definen la condición de los extranjeros en la Nueva Granada y nuestras relaciones con los demás pueblos de la tierra, se ha dado lugar lastimosamente en épocas diversas a reclamaciones diplomáticas y cuestiones internacionales desagradables, con grave perjuicio del buen nombre y del tesoro de la República.

"No hay aquí derechos diferenciales de comercio o navegación en favor del pabellón nacional; ni tarifa aduanera que proteja la industria y las manufacturas del país, que con la exportación libre y con numerosísimas franquicias de importación. Los buques mercantes de vapor extranjeros pueden surcar las aguas de nuestros ríos y lagos interiores con su propia bandera, y el cabotaje no es exclusivo para los buques granadinos. Los extranjeros compran y venden, siembran y cosechan, adquieren y enajenan bienes inmuebles, litigan ante los tribunales, acometen empresas de todo género sin restricciones ni desigualdades que los perjudiquen. Los servicios prestados por varios de ellos a la independencia nacional y al bien público son retribuíbles con actos explícitos de gratitud y espléndida recompensa. Co-

mo estímulos a la inmigración y a la colonización por inmigrantes, existen multitud de disposiciones en nuestros códigos nacionales y municipales”.

Y sobre la manera de tratar directamente con los cónsules diría así:

“Nada es sin embargo, más fácil, en concepto de la administración, que mantener armonía y buena inteligencia con los indicados agentes públicos y oficiales, protectores legítimos del comercio de sus compatriotas, celosos guardianes dentro de ciertos límites de sus fueros e intereses. No tienen el carácter, ni gozan de las inmunidades especiales de los agentes diplomáticos, según el derecho común y el patrio, pero a todos se les reconocen las prerrogativas propias de su destino y funciones, y éstas y aquellas bien claramente se enumeran y explican en la convención consular de 1850 con los Estados Unidos” (76).

(76) Arboleda G.: ob. cit. Tomo IV, pg. 283.

Casi todas nuestras guerras civiles han terminado con pactos de paz. Aún más, nuestras guerras internacionales, contra España primero, contra países limítrofes después, han terminado con pactos de paz. Por vía diplomática se han arreglado muchos malentendidos, y actos de piratería tan monstruosos como el asalto a Panamá terminó en paz con dólares, con una desvergüenza histórica que clama restitución digna todavía. Pues bien: la guerra civil de 1854 fue perdida por los defensores de Bogotá. Allí no hubo pactos ni actas ni convenios. Cuando los numerosos ejércitos de la gran coalición militar amenazaban a Bogotá, a fines de noviembre, una comisión de extranjeros fue rechazada dignamente por Melo, mientras era enviada por los de Ibagué a decirle que le perdonaban delitos políticos pero que esperara la justicia ordinaria para los delitos comunes...

Desde antes del triunfo de Bogotá las tropas de López habían cometido con los derrotados defensores de Cali actos represivos de evidente sadismo. Muchos comentarios se hicieron entonces a la actitud del general López con los prisioneros del 27 de junio, documentos que fueron conservados por el historiador V. Ortiz en su *"Reseña histórica de los principales acontecimientos de la ciudad de Cali"* y

que copia textualmente Arboleda en su "*Historia Contemporánea de Colombia*". Dice así:

"...Si la conducta del expresidente fue bien mirada por los conservadores, mereció acres censuras de sus copartidarios porque fue decididamente adversa a los melistas, grupo en que estaban afiliados casi todos los liberales caleños. Los que figuraban como jefes o cabecillas de la plaza fueron inmediatamente presos en los cuarteles y en la cárcel, y la multitud fue encerrada en una casa en que no cabían ni parados, siendo tanta la opresión que hasta sus diligencias corporales tenían que hacerlas allí mismo, levantándose una fetidez insufrible, que pudo haber desarrollado el cólera o el tifo, y vencidos del sueño se recostaban entre la inmundicia y los gusanos.

A los tres días de esta vida, el mayor Rincón les dijo que el general iba a requerir a los que voluntariamente quisieran acompañarlo a Bogotá, y que había preparado unas cargas de lazos para amarrar a los que no dieran el paso al frente. Todos dieron el paso al frente porque valía más esto que el tener que ir amarrados: escogió, pues, 500 hombres que volvió a aprisionar como reclutas... El anciano Juan Antonio Delgado y el antiguo catedrático Vicente Cobo fueron atados con cerdas y puestos en un alar como gallos, en que pasaron la noche de un crudo invierno, recibiendo insultos de la soldadesca embriagada. El joven Cesáreo Sánchez, administrador de correos, fue atado con un rejo que le hizo verter sangre por las ligaduras, y colgando de una ventana pasó las más crueles agonías".

A tanto llegaron las vejaciones de este día, que López se vió obligado a publicar en 1856 en París, un folleto titulado "Para la historia", destinado a refutar ciertos cargos de la "Reseña".

En Bogotá, al tomar por vía armada la ciudad, se aprisionaron a los jefes del gobierno melista y a las tropas rendidas. Es bien sabido el fin de algunos de ellos. Al general Obando se le siguió juicio por la Corte Suprema según ya lo había previsto el Congreso de Ibagué, "por mal desempeño de sus funciones", pero convencidos los jueces de que no era cómplice de Melo lo dejaron libre, aunque privado de la Presidencia.

Respecto al general Melo, Mosquera puso gran empeño en que se le fusilara inmediatamente. Obaldía y algunos antiguos *gólgotas* se opusieron pero en cambio López solicitó un severo castigo para el infortunado militar.

El doctor Lleras, que no había tomado parte en el gobierno, fue aprisionado pero el 6 de diciembre decía ignorar la causa de su prisión y solicitaba libertad. Se le concedieron por no existir cargo contra él, pero Mosquera ofreció dimitir del gobierno militar si Lleras no era recapturado. Lo fue pero por corto plazo.

Apresado por las heridas todavía sin cicatrizar, Joaquín Posada fue indultado por el vicepresidente Obaldía, pero no pudo gozar de él: muchos de los ofendidos por las biografías satíricas del cartagenero le habían entablado juicios por delitos comunes. Al saber Mosquera el indulto de Obaldía a Posada montó en cólera y ofreció retirarse, pero calmó su

ira al saber que continuaría en prisión por otros delitos de los que le imputaba el señor Goury, ministro francés. El mismo señor Goury, en vista de que el zapatero Vega no había muerto, lo denunció ante las autoridades por los insultos al cuerpo diplomático, el 16 de noviembre.

Es digno de mencionar que dentro del grupo principal de indultados, dentro del grupo donde estaban Consuégra, Lalinde, Franco, Beriñas y otros aparecía un joven que el tiempo haría famoso: José María Vargas Vila.

El 19 de diciembre salieron para Medellín con destino final en Panamá 200 artesanos, enviados allí a trabajos forzados, como zapadores. El señor Restrepo, a quien hemos seguido en su Diario, anotaba así: "Esta medida excelente, para purgar a Bogotá de la peste de los democráticos". Pero ante el inconveniente que encontraron algunos letrados de la ilegalidad de la deportación, a quienes no se había juzgado ni sentenciado previamente, como lo disponía cualquiera de las constituciones que estuviese vigente, el señor general Mosquera intervino una vez más para decir que si esa gente no salía de Bogotá no se podría gobernar, y el peligro de un nuevo 17 de Abril se cerniría sobre el Presidente, la Constitución y la representación partidista en el Congreso. El coronel melista J. M. Gaitán, haría desde su prisión un fuerte cargo a Obaldía por el tratamiento a los prisioneros artesanos. "Entre ellos había muchos inocentes; pero inocentes o no, ellos, tenían derecho a ser juzgados, y de serlo por sus jueces naturales". El 12 de marzo de 1855 el mismo coronel Gaitán soli-

citaba del vicepresidente los datos precisos de los enviados a Panamá, advirtiendo que la prensa había denunciado que algunos de estos individuos habían sido fusilados en el camino y otros ahogados.

Los artesanos deportados empezaron a llegar a Panamá solo a fines de enero, y es bien sabido que muchos desaparecieron durante el viaje, perdidos en la selva, devorados por animales, muertos por las fiebres, fusilados, ahogados.

El nuevo Secretario de Guerra, General Herrán, dictó por decreto del 22 de diciembre, la baja a los generales Melo, Mantilla y Gaitán, de los coroneles Peña y Acevedo y de cuarenta oficiales más.

Al General Melo se le dictó sentencia, con otros más, durante la presidencia del Dr. Manuel María Mallarino, por un decreto de junio de 1855 que lo condenaba a ocho años de expulsión del territorio de la República.

Desterrado, salió de Santa Marta el 23 de octubre en el vapor Clyde, viajó a Costa Rica y luego a El Salvador, donde fue recibido con muestras de estimación por el Presidente General Gerardo Barrios, nombrándosele poco después Inspector General del Ejército con la misión de organizar la Escuela Militar, como en efecto lo hizo. Parece que por un incidente trivial perdió la simpatía de Barrios, optando por irse a México, en donde se unió a la causa liberal y anti-imperialista de Benito Juárez. Se enroló a las órdenes del General Angel Albino Corzo, quien combatía al conservador Ortega, pero apresado en el sitio de Juncana, fue fusilado en junio de 1860 cuando peleaba modestamente como soldado raso.

Fue éste el digno fin de un hombre que ante todo supo ser leal consigo mismo, y que en un momento de grave apremio para sus convicciones y para las ideas que profesaba como salvadoras para la patria granadina, supo encontrar el afecto cálido y la fidelidad solidaria que depara la clase trabajadora.

En la historia de Colombia, cuando la inspire la ideología revolucionaria y sus dictados surjan del proletariado, José María Melo será apreciado como uno de sus capitanes y un limpio precursor socialista.

Los dirigentes de la revolución artesanal no comprendieron porqué razones los sectores radicales del liberalismo negaron su apoyo al gobierno, así como muchos militares y políticos no llegaron a comprender porqué Melo y sus más cercanos colaboradores, se distanciaron de los "gólgotas" en momentos de apremio, cuando tenían fuerza para hacer triunfar la dictadura artesanal. Una carta de Ramón Mercado, Secretario del interior, que aparece en la *Gaceta Oficial* del 14 de julio de 1854 se queja de esta conducta de los liberales, de la actividad de José Hilario López en organizar tropas contra el gobierno, de la unión del radicalismo con Arboleda, Ospina, Mosquera, para sacrificar una revolución que no ofrecía sino ventajas a los hombres libres y desventajas a los aristócratas y a los retrógrados. Censura a Obando por sus prejuicios legalistas y confiesa que esta debilidad ha causado daño a la Revolución.

A más de un siglo, esta carta es toda una confesión de los más íntimos pensamientos del pueblo en el poder. Sin duda que muchos errores cometería el gobierno improvisado, no suficientemente maduro para la administración revolucionaria, a veces contradictorio y con frecuencia sectario. Muchos pudieron creer que con solo decir "*Abajo los monopolios*"

"*Vivan el Ejército y los Artesanos*", realmente la burguesía liberal se derrumbaría, sus capacidades económicas sufrirían mengua, se estrecharía la unión entre las milicias y la tropa regular, las legaciones extranjeras estarían dispuestas al reconocimiento y prestarían concurso decidido. Aún más, pudo pensarse equivocadamente que el pueblo no se dejaría sugestionar por los embaucadores y demagogos y que el campesinado no se dejaría reclutar por los prestamistas e importadores. ¡Quién iba a pensar en la desertión de los militares, en la unión de partidos "irreconciliables", en el reclutamiento de campesinos del Valle y de Santander, de Cundinamarca, de Boyacá, los más castigados por las imposiciones del sistema libre-cambista!

Sin embargo, esta historia no sirvió de ejemplo al pueblo sino a los dirigentes de partidos, que vieron desde temprano de dónde podría partir el peligro verdadero para sus intereses y para sus gulas de poder; comprendieron que construyendo un fantasma ideológico y sabiéndolo explotar oportunamente se lograría la unión de los contrarios y la común felicidad de los poderosos; se veía que hacer un frente unido contra la *infiltración del pensamiento foráneo* era mucho más efectivo que prodigar soluciones para las montoneras, al fin y al cabo gentes sin cultura, sin dirigentes auténticos, sin acciones bursátiles en el exterior.

La historia de la dictadura artesanal de Melo queda así como expresión frustrada de un cambio social profundo, seguramente muy desconocido en nuestra literatura histórica, pero no por ello menos cierto en el devenir de nuestros acontecimientos autóctonos.

No se puede inculpar al gobierno Melista de haber propiciado las circunstancias que apresuraron su derrota. Es cierto que no supo aprovechar las buenas oportunidades que tuvo después de Zipaquirá y Tíquiza; que no coordinó a niveles nacionales la acción conjunta de las Sociedades Democráticas y de Artesanos, primer eslabón de una segura victoria política; que no buscó apoyo entre los campesinos ni entre algunos sectores de opinión sensible a sus planteamientos sociales. Pero la causa principal debe buscarse por fuera del movimiento artesanal: en esta época los obreros, los pequeños propietarios, los intelectuales, así tuviesen las más descomunales razones a su favor, no habían triunfado en ninguna parte, y todas las experiencias anteriores se reducían a tomar el poder político y administrativo por horas, a veces por días o por unos meses, para terminar después en la más depresiva derrota y disolución.

En vastas zonas del país no había artesanado ni masa obrera, ni organizaciones democráticas ni experiencias en la lucha popular. El gamonal existía institucionalizado y no era flor silvestre sino cultivada con esmero. Las más elementales consignas no alcanzaban a llegar a comarcas dilatadas que, obrando con mayor uniformidad, podrían imponer su voz y sus opiniones por la razón o por las armas en un instante preciso. La aristocracia de los negocios y la aristocracia militar encontrarían muy pronto que en realidad nada los separaba y sí en cambio tenían en común la urgencia de defender sus libertades de comercio, sus teorías democráticas-representativas, tan probadas y eficaces; en nuestros países débiles su sentido oligárquico de la cosa pública.

"Frente a esta realidad —dice Antonio García— es que puede afirmarse que las guerras de independencia fueron una revolución, pero una revolución inconclusa. Posteriormente, ni por la vía de las guerras civiles, ni de los golpes de estado o de cuartel, ni menos por las vías electorales, ha podido completarse o continuarse esta revolución... Las dimensiones de este golpe no se explican por una simple razón de ilusionismo demagógico sino por los objetivos revolucionarios que se movían en el transfondo: el reparto de las tierras, la protección arancelaria a los talleres, la substitución del régimen de impuestos, la apertura de las escuelas, el mayor acceso del pueblo a la dirección de su propio destino".

En setenta años había vivido el país tres revoluciones de proyecciones sociales: la comunera, la libertadora y la artesanal. La comunera alertó a las autoridades virreinales sobre la potencia de una gran masa campesina presionando substanciales reformas en la tenencia de la tierra, la propiedad de las salinas, la dirección administrativa del Estado. Los líderes de la revolución libertadora comprendieron los alcances del levantamiento comunero y propiciaron su propia reforma, sustituyendo la esclavitud de España por la esclavitud de la burguesía, la propiedad del rey por la de los nuevos ricos, el monopolio comercial por su libertad de comercio. La revolución artesanal va a enseñarle a la burguesía que debe dividirse en partidos electoreros para subsistir y para mantener dividido al pueblo; pero que en caso de emergencia la unión santificadora salva y corrige todos los yerros, todas las arbitrariedades y todos los abusos que se hayan cometido. El si-

glo corrido desde entonces comprueba largamente nuestro pensamiento, porque muy pronto, después de la caída de Melo, la gran coalición militar y civil se rompería, los vencedores se alinearían nuevamente en sectas antagónicas, seguiría la cuenta de setenta pronunciamientos registrados en nuestra historia, quedando solamente para los pueblos la obligación de poner los muertos en las luchas fratricidas, concurrir a las votaciones, arrastrar una inenarrable miseria y levantar "las gloriosas banderas".

No importa que en el fondo, la ideología que llevó a las Sociedades Democráticas a patrocinar la dictadura de los artesanos fuera la ideología típica de una clase social en formación, de paso entre la burguesía y el auténtico proletariado. Poca importancia tiene que los errores atribuibles al general Melo y su gabinete le precipitaran en la desgracia, que tarde o temprano le sería cobrada por la oligarquía dueña de la economía, la administración y el pensamiento de los granadinos. Lo trascendental es que la clase artesanal, —nuestra primitiva clase obrera—, heredera directa de los Comuneros del 81, por oficio y destino, con un lenguaje que ya desde entonces tiene intranquilo al universo, no permaneció muda ante la aparición de las ideas socialistas, criticó con energía y valor civil las características de la nueva servidumbre y dejó elocuente testimonio de que así como la burguesía se une para conservar su régimen de libre empresa y su libertad de expoliación, el pueblo trabajador de obreros y campesinos, aliados esta vez a intelectuales valerosos y a sectores democráticos del Ejército, también podía unirse para sacudir sus cadenas y prepararse al advenimiento de un mundo mejor.

BIBLIOGRAFIA CONSULTADA

Arboleda, G.: Historia contemporánea de Colombia. Tomos III y IV. Popayán, Imprenta del Departamento, 1930.

Castro, R.: Páginas históricas colombianas. Medellín, 1942.

Constitución Política de la Nueva Granada. Revista del Archivo Histórico Nacional, Año I, Nro. 4, Bogotá, 1936.

Consuegra, J.: Apuntes de Economía Política. Ediciones Pensamiento Económico y Social de Colombia. Bogotá, Editorial Iqueima, 1963.

Cordovés, Moure, J. M.: Reminiscencias de Santa Fé y Bogotá, 1er. Festival del Libro Colombiano, Nro. 1, Lima, 1960.

Efimov, N.: Historia de los tiempos modernos. Editorial Futuro, Buenos Aires, 1959.

El Alacrán, Bogotá, 8 de febrero de 1849.

El 17 de abril, Bogotá, Nros. 1 a 8, mayo y junio de 1854.

El Repertorio, Bogotá, Nro. 80, 18 de mayo de 1854.

Gaceta Oficial, Bogotá, marzo de 1854.

García A.: Gaitán y el problema de la revolución colombiana, Bogotá, 1955.

Latorre Cabal, H.: Mi Novela. Apuntes autobiográficos de Alfonso López, Ediciones Mito, Bogotá, 1962.

Liévano Aguirre, I.: Los grandes conflictos económicos y sociales de nuestra historia. Separatas de la Revista La Nueva Prensa, Bogotá, 1960-1963.

Lozano y Lozano, C.: Discurso de recepción a la Academia Nacional de Historia. Boletín de Historia y Antig. Bogotá, Tomo XXXI.

Madiedo, M. M.: La ciencia social o del socialismo filosófico, derivación de las armonías del cristianismo. Imprenta de N. Pontón, Bogotá, 1863.

Marx, C.: El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte. Obras selectas, Tomo II, Ediciones en Lenguas Extranjeras, Moscú, 1955.

Nieto Arteta, L. E.: Economía y cultura en la historia de Colombia. 2a. Edición, Ediciones Tercer Mundo, Bogotá, 1962.

Ortega J. D.: Historia de la literatura colombiana. 2a. Edición, Cromos, 1935.

Otero Muñoz, G.: La vida azarosa de Rafael Núñez, Editorial A B C, Bogotá, 1951.

Pérez Aguirre, A.: Veinticinco años de historia colombiana. Biblioteca Eduardo Santos, Vol. XVIII, Academia Colombiana de Historia. Ed. June, Bogotá, 1959.

Posada Gutiérrez, J.: Memorias histórico-políticas. Tomo IV, 2a. Edición, Bogotá, Imprenta Nacional, 1945.

Quimbaya, A.: Cuestiones colombianas. Ediciones Suramérica, Bogotá, 1958.

Restrepo, J. M.: Diario político y militar. Biblioteca de la Presidencia de Colombia, Tomo IV, Imprenta Nacional, Bogotá, 1954.

Samper, M.: Historia de un alma. Biblioteca de Cultura Colombiana, Bogotá, 1942.

Soriano Lleras, A.: Lorenzo María Lleras. Biblioteca Eduardo Santos, Vol. XIV, Editorial Sucre, Bogotá, 1958.

La lucha de los artesanos en el siglo pasado así como la formación y trayectoria de las Sociedades Democráticas representan hechos significativos, aunque muy olvidados, de la historia nacional forjada por el pueblo. El autor centra su estudio alrededor de la dictadura de José María Melo en 1854 y la describe como culminación de un proceso a través del cual el librecambismo se impone definitivamente en el país, destruyendo de paso el artesanado, poniendo las bases del proletariado y abriendo paso decidido al capitalismo. El fracaso del General Melo es el fracaso del proteccionismo y con él se entierra una etapa de agitación popular y de lucha ideológica. Vargas revive esta etapa tan importante y tan desfigurada de nuestra historia.



EDITORIAL LA OVEJA NEGRA

MEDELLÍN:	APARTADO AEREO 51022	TEL. 45 16 48
BOGOTÁ:	APARTADO AEREO 23940	TEL. 81 35 93
CALI:	APARTADO AEREO 3369	TEL. 71 10 65
B/QUILLA:	APARTADO AEREO 745	TEL. 293 221